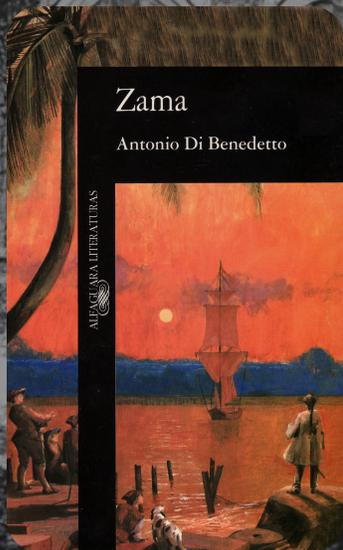




La Escalera
Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

ANTONIO DI BENEDETTO

Zama

A las víctimas de la espera

AÑO 1790

Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos, se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos, sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocerme.

Esos temas quedaban solo para mí, excluidos de la conversación con el gobernador y con todos, por mi escasa o nula facilidad para hacer amigos íntimos con quienes explayarme. Debía llevar la espera —y el desabrimiento— en soliloquio, sin comunicarlo. Como me lo decía ese a veces insolente Ventura Prieto, que se me arrimó aquella tarde, por cierto

que no buscándome, sino yendo al azar. Consideraba que en esta tierra llana, yo parecía estar en un pozo. Me lo dijo una vez y más de una, lo dijo a otros, descuidándose de lo que todos sabían: que fui gallo de riña o al menos dueño de reñidero.

Apareció precisamente cuando me entretenía el mono y se lo enseñé, para distraerlo y atajar que me preguntara qué esperaba ahí. Y él, Ventura Prieto, que era inferior a mí, caviló un momento, como si buscara el medio de apabullarme en materia de curiosidades y descubrimientos. Luego me refirió una de esas que él llamaba investigaciones y yo ignoro si lo eran pero que, por sospechosas de insinuar comparación, me desconcertaban, dejándome repercusiones que podían superar lo sufrible.

Dijo que hay un pez en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; pero de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra. Dijo Ventura Prieto que estos sufridos peces, tan apegados al elemento que los repele, quizás apegados a pesar de sí mismos, tienen que emplear casi íntegramente sus energías en la conquista de la permanencia y aunque siempre están en peligro de ser arrojados del seno del río, tanto que nunca se les encuentra en la parte central del cauce, sino en los bordes, alcanzan larga vida, mayor que la normal entre los otros peces. Solo sucumben, dijo también, cuando su empeño les exige demasiado y no pueden procurarse alimento.

Yo había seguido con viciada curiosidad esta historia que no creí. Al considerarla, recelaba de pensar en el pez y en mí a un mismo tiempo. Por eso invité a Ventura Prieto a que regresáramos y retuve mis opiniones.

Procuré ocupar la cabeza en el motivo de mi caminata, en el hecho de que yo esperaba un barco, y si un barco entraba, en él podría llegar algún mensaje de Marta y de los niños, aunque ella y ellos no vinieran, ni nunca hubiesen de venir.

Puedo apiadarme de mí, sin la vanidad de la maceración, si el temor no es ya de avergonzarme ante los demás, sino de exceder la medida que sin avaricia me concedo. Si admito mi disposición pasional, en nada debo permitirme estímulos ideados o buscados. Ninguna disculpa cabe frente al instinto que nos previene y no respetamos.

Me empujó el sol que, desembarazado ya de las nubes de tantos días sin tormenta, se había encendido hasta el blanco y allí conjugaba su sin color y su tersura fija y ardiente con la arena limpia que da visiones. Pude ver un puma y creerlo estático e inofensivo como una decoración, muy liso, sin detalles, como si no tuviera garras ni dientes, como si las curvas de su cuerpo no denunciaran elasticidad para el salto, sino docilidad y blanda disposición para alguna mano cariñosa. Por este puma no visto pude pensar en los juegos que fueron o pueden ser terribles, no en el momento que se juegan, sino antes o después.

Busqué el reparo frondoso del arroyo y entre los primeros árboles debí quedarme, porque venían libres y confiadas, voces de mujeres excitadas por el goce del agua.

No obstante me adentré y, embozado por la vegetación, vi un instante de frente, desnudos cuerpos, morenos y dorado-oscuros, y de costado, ocultas las facciones, pues solo distinguía una nuca y pelo recogido arriba, otro que no supe si era blanco o mulato. No quise seguir mirando, porque me arrebatava y podía ser mulata y yo ni verlas debía, para no soñar con ellas, y predisponerme y venir en derrota.

Hui. Pero era evidente que me habían notado y al percibirlo no precisé si entre el alboroto que escuchaba a mi espalda escuchaba alborozo.

Mis piernas se volvieron firmes en la zancada porque algo me advertía que era perseguido. Hombre no podía ser, porque los hombres no cuidan el baño de las mujeres; india sí o mulata, por la rapidez con que andaba fuera del sendero, donde hay maleza y los troncos se ponen delante.

Ella casi me daba alcance y este afán me advirtió que buscaba ver mi rostro, conocerme, que tal debía ser el mandato de su ama y, entonces, resultaba que ella era blanca. Renegué de mi retirada, de haberla previsto apenas privándome de saber quién era. Tenía que volver y enfrentar lo que fuese: descubrirla y descubrirme.

No era posible.

Únicamente podía descargar en la espía el ímpetu que alimentaba mi ánimo defraudado.

Con un súbito giro a izquierda penetré entre los árboles y ella, alelada de sorpresa, no atinó a fugarse. Así como estaba en cueros, la tomé del cuello ahogándole el grito y la abofeteé hasta secar el sudor de mis manos. De un empujón di con su cuerpo en el suelo. Se acurrucó volviéndome la espalda. Le apliqué un puntapié en la nalga y partí.

Conmigo iba la furia atenuada, dando paso a un pensamiento severo contra mí mismo: ¡Carácter! ¡Mi carácter!... ¡Ja!

Mi mano puede dar en la mejilla de una mujer, pero el abofeteado seré yo, porque habré violentado mi dignidad.

Aunque esto no fuera, aunque solo fuese en el empaque el desorden, me sabía sin justificación por entregarme a la ira y a la represión en el prójimo de lo que yo mismo había engendrado en él.

Era de nuevo la siesta, que me hacía deseable, pero riesgoso el lecho; era la siesta que, al menos ese día, tan cercano al del baño de las mujeres, no quería repetir a campo.

Era la siesta y ese hombrón terrible se me vino por la calle vacía como un meteoro de sol destinado a mí, entre todos los mortales, por potencias infalibles.

Me tomó de las ropas y yo quise contenerlo con un enérgico “¡Caballero!”. No me escuchó, llamándome sin respiro “buscón de mujeres honestas” y “asqueroso mirón que ni se les atreve”. En un confuso indignarme y comprender que se trataba del marido y saber quién era ella y tratar de desasirme, me gritó “¡Habría duelo!”, y se fue y me dejó. Me dejó con la necesidad de seguirlo y sacudirlo, engañándome, conteniéndome, con la promesa del desquite futuro, porque, él dijo, habría duelo.

Pero no habría. Por toda la calle no pasaban más que una perra en celo y sus pretendientes de cuatro patas; en consecuencia, ningún testigo le exigiría el cumplimiento de su palabra, un anuncio explosivo que seguramente le bastó para quitarse la gana de darme maltrato. De mi parte, otras flaquezas podía reprocharme.

Sin embargo, me juré que sería la última. Me dije que, si a sufrir esa me avenía, era únicamente comprendiendo la razón de su arrebató, conociéndome culpable. Pero, decíame también, no debió insultarme. “Asqueroso mirón”: son palabras que entran sin alternativa de olvido.

De ser así, de nunca producirse el reclamado duelo, ¿debía deducir que existe una medida para la satisfacción de la ofensa, aun en los individuos aparentemente más brutales? ¿Debía creer que, tal vez, el hombre que defiende con escaso celo a su mujer, más que temeroso es un limitado por secretas motivaciones, que le vedan ocuparse demasiado de ella: un oculto odio, un lejano hastío, un amor extinto y no obstante para nadie evidente, ni para él siquiera?

El gobernador me entregó un incomprensible caso. Nada más me solicitaba que consultara y al pedido me atuve. No quise pensar en él, el gobernador tenía o no autoridad para sacar de la cárcel a un reo, convicto de asesinato, y hacerlo ir a mi despacho con solo un guardián al costado a explicarme “la situación”, de modo de ver “por dónde y cómo procede la exención de cargos”. Debía atenderlo, no darme por enterado de cómo llegó a mí ni con qué alta recomendación y designios del recomendante. Era preciso que yo cuidase mi estabilidad, mi puesto, justamente para poder desembarazarme de él, del puesto.

Era preciso que oyese al preso, lo cual en pocos momentos se me pintó imposible, por cuanto no es posible oír a quien no habla. Estaba cerrado, no con dureza, sino con ausencia, en callar sobre el meollo de la cuestión, esto es, la trama de su delito.

El guardián, con mucho comedimiento, de atrás del preso me advirtió que debíamos temer una crisis de llanto o no sé qué desgarramiento de orden sentimental.

No era, pues, un individuo temible, sino un quebrantado.

Por ahorrarme la escena que, quizá, yo mismo había provocado con la desnudez del interrogatorio y del fastidio que me sobrevino demasiado pronto, lo dejé solo, con el guardián que, más que vigilarlo, parecía hacerlo objeto de su protección.

En el intervalo, creo que por cambiar de humor, pasé al cuarto donde trabajaba Ventura Prieto. Le narré el caso de mudez que había dejado tras la puerta.

No tuve que arrepentirme, pues Ventura Prieto, con un desdeñoso “Así no andará”, me pidió autorización para tratarlo y ayudarme.

Merced a una sonrisa de amigo, que bien podía parecerlo por asemejarse escasamente a lo que se supone sea un funcionario, Ventura Prieto pudo hacer que ese espíritu clausurado se entregara brevemente.

La mirada baja, una respetable pesadumbre gravando el acento de su voz, dijo aquel mozo que fue apuesto y estaba prematuramente marchito:

—Yo era un tenaz fumador. Una noche, con espanto, observé que me había nacido un águila de murciélago...

Se interrumpió.

Con la escasa declaración nos inquietó lo suficiente como para desear que no enmudeciera de nuevo. No lo hizo. Había advertido que las palabras no respondían enteramente a su pensamiento y procuraba, mediante un repaso mental, una justa coordinación. Muy luego, recommenzó y compuso su discurso:

—Yo era un tenaz fumador. Una noche quedé dormido con un tabaco en la boca. Desperté con miedo de despertar. Parece que lo sabía: me había nacido un ala de murciélago. Con repugnancia, en la oscuridad busqué mi cuchillo mayor. Me la corté. Caída, a la luz del día, era una mujer morena y yo decía que la amaba. Me llevaron a prisión.

No habló más.

Compartimos su silencio.

Con los ojos indiqué al guardián que podía conducirlo de regreso.

También Ventura Prieto dijo que yo debía hallar la forma de salvarlo.

Se lamentaba de no haber visto el cuerpo acuchillado de la mujer morena. Quería saber por dónde la cortó.

Esta audiencia absorbente hizo acallar los estampidos que en mi corazón causaron los dos espaciados cañonazos anunciadores de la presencia de un barco.

El saco de correspondencia fue traído a la gobernación antes de que yo pudiese salir, como otras veces, hasta el muelle, para acercarme más a las posibles novedades y al rostro de los marinos y contados viajeros de arribo.

El oficial mayor distribuyó concienzudamente sobre su mesa los envíos para cada cual, ninguno para don Diego de Zama, porque mis manos estaban destinadas a permanecer vacías otro largo tiempo.

Esta ausencia de noticias de Marta, de mis hijos y de mi madre me causó esa depresión que en más de una llegada de barco tuve que sufrir, pero que, al sumarse la cifra en el transcurso de los ya catorce meses de permanencia, me abatía aún más.

Al abandonar mi despacho, prescindí de ese espectáculo siempre deseable de otra embarcación, grande y procelosamente viajera, en el puerto.

Me reduje a casa.

Pedí a una esclava una colación de huevos de gallina. Por desacostumbrado, ya que siempre comía afuera, esto atrajo la atención de las hijas de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, y determinó que más tarde una de ellas se aproximara a mi aposento con oferta de mate, que acepté.

Consagré la segunda mitad del día a una epístola, detenida y quejosa, a Marta, para que el barco la llevase en su camino río abajo.

Desenvolvía despacio en mi mente el viaje de la carta, por agua hasta Buenos Aires, por tierra después de centenares de leguas con su rumbo oeste, y me dolían los reproches, frescos aún en el papel, que mi esposa, lejana y sin su hombre, habría de leer tres, cuatro meses más tarde, quizás en un día en que yo fuese feliz. Pero no modifiqué mi escrito.

En mi retiro, hacia el crepúsculo, tuve el anuncio de un visitante.

Como ignoraba cuál barco había arribado, asimismo desconocía que el capitán era mi amigo, el oficial Indalecio Zabaleta, a quien abracé con fuerza y cariño.

Entreví que, si me buscaba tan pronto, apartando los asuntos que normalmente ocupan a un capitán en su primer día de puerto, algo traía para mí. Pero alguien distinto capturó mi atención, antes de hacerle cualquier pregunta.

Más allá de la puerta, en la galería, estaba detenido —contenido, me pareció— un niño. Ciertamente, venía con Indalecio y podía ser hijo de este. Sin embargo, no me importaba eso, sino sus facciones, noblemente agitadas, y los ojos, anunciadores de un desborde que, al volverse el capitán hacia él, se produjo sin aguardar otro estímulo.

Corrió y se volcó en mis brazos, estremecido por un sollozo que, se me ocurrió, era de gusto y entusiasmo.

Acertaba. Indalecio me lo explicó, impresionado, tal vez orgulloso, por el arrebató de su vástago:

—En el viaje le he dicho quién era el doctor don Diego de Zama.

El doctor Diego de Zama con el homenaje, imprevisible y tocante, de un mozuelo de doce años. Ese reconocimiento hacía contrapeso a tantos olvidos y disminuciones soportados en días y días hasta aquella tarde.

¡El doctor don Diego de Zama!... El enérgico, el ejecutivo, el pacificador de indios, el que hizo justicia sin emplear la espada. Zama, el que dominó la rebelión indígena sin gasto de sangre española, ganó honores del monarca y respeto de los vencidos. No era ese el Zama de las funciones sin sorpresas ni riesgos. Zama el corregidor desconocía con presunción al Zama asesor letrado, mientras este se esforzaba por mostrar, más que un

parentesco, cierta absoluta identidad que aducía. Mostrábale antiguo la asesoría, en rango segundo en toda la extensión de la provincia, exactamente luego de la gobernación. Pero, al hacerlo, Zama asesor sabía, sin que pudiera esconderlo, que en este país, más que en otros del reino, los cargos no endiosan, ni se hace un héroe sin compromiso de la vida, aunque falte la justificación de una causa. Zama asesor debía reconocerse un Zama condicionado y sin oportunidades.

A esta altura del duelo, Zama el menguado podía sospechar que Zama el bravío quizá no tuvo tanto de aguerrido y temible: un corregidor de espíritu justiciero puede seducir fácilmente la voluntad de esclavos estragados por meses de represión más que violenta, cruel.

Yo fui ese corregidor: un hombre de Derecho, un juez, y esas luces, en realidad, sin ser las de un héroe, no admitían ocultamiento ni desmentidos de su pureza y altura. Un hombre sin miedo, con una vocación y un poder para terminar, al menos, con los crímenes. Sin miedo.

“Le he dicho quién *era* Zama”. Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía.

Zama *había sido* y no podía modificar lo que fue. Podía creerse que me determinaba un pasado exigente de mejor porvenir. Ese niño, el hijo de Indalecio, venía a reclamármelo con su emoción admirativa.

Sin embargo, yo veía el pasado como algo visceral, informe y, a la vez, perfectible. Por los elementos nobles no dejaba de reconocer algo —lo más— pringoso, desagradable y difícil de capturar como los intestinos de un animal recién abierto. No renegaba de eso; lo tomaba como una parte de mí, incluso imprescindible, aunque no hubiese intervenido en su elaboración. Pero, con todo, yo esperaba ser yo por el futuro, mediante lo que pudiera ser en ese futuro.

Tal vez creía serlo ya y vivir en función de esa imagen que me aguardaba adelante. Tal vez ese Zama que pretendía parecerse al Zama venidero se asentaba en el Zama que fue, copiándolo como si arriesgara, medroso, interrumpir algo.

Mediado el aguardiente, supe que Indalecio estuvo en Buenos Aires con mi cuñado, gestor ante el virrey del traslado que estrictamente me correspondía y precisaba tener.

Las promesas eran para un tiempo incierto, pero de signos positivos.

A cambio del anuncio, en el que confiaba, aunque a medias, ya que poseía algunos rasgos de reiteraciones fallidas, entregué al capitán una confesión de mis necesidades: no apetecía tanto un ascenso como la ubicación en Buenos Aires o en Santiago de Chile, porque mi carrera estaba estancada en un puesto que, se me insinuó con el nombramiento, implicaba apenas un fugaz interinato. Y esto más: entre mi mujer y yo mediaba la mitad de la longitud de dos países y todo lo ancho del segundo.

No obstante, quizá por la presencia de la criatura, me guardé la confesión total: hasta qué punto la distancia implicaba tortura, por la rigurosa lealtad guardada a Marta, aunque a mi conciencia no pudiera explicarle claramente por qué le era tan fiel.

Cenamos en la posada.

De regreso, tan tarde, pude maravillarme del señorío solitario de la luna y, con el empuje del alcohol, sentirme predispuesto a igualarla ante cualquier situación de prueba. Las calles solitarias, bordeadas de casonas y baldíos en sombras, el terreno accidentado en su depresión hacia el río, eran propicios a la sorpresa que mi estoque, ciertamente, sabría responder sin cortedad.

Me sentía valeroso e inmensamente dispuesto a amar, esa noche.

Tuve, como predestinado, la sorpresa y una mujer hermosa y fresca conmigo.

Como la hora era ya tan alta, entré a la casa por los fondos, utilizando la reservada portezuela del huerto, más allá del patio de los sirvientes.

Creo que mi presencia, inesperada en ese lugar y tan tarde, desbarajustó algo. Calculo que alguien pudo fugarse o esconderse demasiado bien antes de que yo entrara.

Pero alguien más quedó sin poder disimularse bastante. Intentó un tardío escape al abrigo de los paredones y la distinguí mujer, sin identificarla. Con diez pasos largos muy tácticos, llegué adonde podía cortarle el paso; y ella, sin duda viéndose irremediabilmente interceptada, no se detuvo.

Avanzaba directamente y esos instantes de espera quizá calaron más en mí que en ella, porque tuve el optimismo y la audacia de concebir rápidas esperanzas.

Era Rita, la menor de las hijas de don Domingo, mi huésped. Lo supe cuando aún nos separaban cuatro varas de distancia, pese a la mantilla que apenas limitaba la claridad de la Luna sobre su rostro. Mujer lunar, me dije, por conferirle encanto al momento; pero otro era el estremecimiento que mandaba en mis sentidos.

No había dado dos pasos más y cayó al suelo. Había tropezado. Corrí a ayudarla, aunque ya medio se ponía de pie y evidentemente no precisaba socorro. Pero yo, descontrolado, para aprovechar, la tomé de atrás y terminé de alzarla mientras mis manos codiciosas hacían presión sobre sus pechos. Eran blandos, como muy tocados.

Me cobraba el silencio que guardaría sobre su escapada nocturna. Descubría intenciones sin el menor reparo. Ella las ignoró. Respuesta, suave, pero desentendida de mi abrazo, me miró con resolución a los ojos, me dijo unas quedas palabras de agradecimiento, como correspondiendo a un gran favor, y con dignidad y cautela se retiró hacia las habitaciones.

No podía imputarme atrevimiento ni abuso. Lo entendió muy pronto. A su vez, me hizo entender que no me temía.

Me demoré en la huerta. Un rato estuve vuelto hacia el sitio por donde ella había desaparecido. Supongo que debo haber permanecido estúpidamente envarado y absorto.

Después, reaccionando, me recosté en un retazo de hierba fragante. Necesitaba que un rato más me asistiera el encanto de aventura a descubierto de esa noche. Porque se me había revelado una posibilidad,

bajo mi propio techo. Blanca y española; muy joven. Mis manos sabían que no era pura.

Fiesta en casa de don Godofredo Alijo, ministro de la Real Hacienda.

La esposa había anunciado que sería a la moda inglesa y nos citó a las cinco de la tarde. Hizo servir cacao humeante con copitas de licor dulce y confituras. Todos decían que era “muy inglés” y yo me abstuve de opinar, porque había observado en las costas del Pacífico que los ingleses que lo tomaban habitualmente como alimento eran los marineros. No hubiera desagradado a mis contertulios, menos a los hombres, saber que era bebida de marineros, ya que aquí son en cierto modo de usos llanos, aunque de ningún modo les habría causado buen efecto enterarse de que para ellos constituía un alimento y no una golosina. En fin, para alternar y por no desatender las costumbres, la dueña de casa prodigó también el mate, que en definitiva gustó más que el cacao.

Antes de la comida nocturna se incorporó alguien que se había permitido prescindir de la “recepción inglesa”. La divisé desde que traspuso la puerta y a partir de ese instante la reunión se convirtió para mí en un sutil juego de expectativa.

Era la esposa del meteoro de sol. Luciana, cónyuge de Honorio Piñares de Luenga, colega de Godofredo Alijo, ausente una vez más sin que nadie reparase en ello, porque la esposa y no él aparecía siempre en reuniones y el mundillo oficial había concluido por habituarse a que así fuera.

Naturalmente, no me era desconocida Luciana y hasta algunos diálogos mediaron antes entre nosotros. Desde que, por el reto del marido, supe que ella era la mujer del baño en el arroyo, dispensé ocasionales lapsos imaginativos a su cuerpo, agraciado más de lo que las ropas permitían

suponer. No obstante, desconté que se trataba de algo prohibido e imposible.

Aunque Piñares no hubiese venido, la presencia de ella en la fiesta entorpecía, trababa mis movimientos, más porque no me dirigió una mirada ni dio la menor posibilidad al saludo personal que yo no habría sabido cómo presentarle.

Me condenaba por no haber previsto el encuentro, rigurosamente lógico por eso de ser Alijo y Piñares miembros del mismo cuerpo. Es que en los días que mediaron desde el convite mi atención estuvo puesta, de un modo excluyente, en Rita.

Permanecí en casa tanto como antes nunca lo hice. Aceché su paso, vigilé sus salidas a misa, todo en pos de algún signo de condescendencia en retribución del encubrimiento. Pero prescindió orgullosamente de mí.

Me puse afiebrado como si la fiebre me viniese de la cabeza, consagrada a Rita y los proyectos que con ella me hacía.

La fiesta se me presentó como un probable respiro.

Tres horas de tertulia, entre cacao y cena, forzosamente tenían que acrecer la familiaridad que lo limitado de nuestro círculo favorecía en la vida cotidiana, siempre repetida a lo largo de meses y años.

Podíamos permitirnos mucho, unos a otros, aunque en verdad yo permitiese más de lo que mi natural corrección me autorizaba a hacerles a los demás.

Alguien propuso, en la rueda masculina, que al cabo de la cena, devueltas las mujeres al hogar, se hiciera una reunión con mulatas libres en cierta casa de las afueras. Como la mayoría aprobó con lascivia evidente en la comisura de los labios, un hombre de iniciativa, un organizador consagrado, preguntó de a uno en uno quiénes irían, para echar cálculos y disponer todo en una escapada inmediata.

Yo me hacía fiera violencia en la vacilación, hasta que llegó mi turno y me excusé.

Entonces, uno de ellos, como muchos ya al tanto de mi conducta, me preguntó sin malicia:

—¿Solo blanca ha de ser?

—¡Y española! —respondí con arrogancia.

Lo terminante de mi réplica cortó cualquier posibilidad de comentario.

El organizador prosiguió tomando lista.

Solo el hombre de la pregunta no cejó en su curiosidad y, con respeto y discretamente, se atrevió a llamarme aparte para decirme que estaba asombrado de mi preferencia excluyente. Me pidió el honor de confiarle si al proceder de tal modo estaba dando cumplimiento a un voto de carácter religioso.

Le contesté la verdad:

—Temo el contagio del mal gálico. Temo perder la nariz, comida por la enfermedad.

Me dejó en paz.

No había confesado la totalidad de mis razones, sí una principal. Nunca, hasta hacerlo, pude prever que descubriría así mis aprensiones y un móvil de mi conducta a una persona ajena a mi intimidad.

Pero era un caballero y ni el menor gesto insinuó la burla que bien podía permitirse cuando, en la mesa, hablando para los comensales más cercanos, incluso las señoras, el dueño de casa peroró con aprobación sobre los hombres virtuosos e insinuó cuál de los contertulios podía ser tenido por tal.

Yo me hallaba en su radio de influencia; también Luciana, pero creí que ella no atendía el discurso moralista. Sin embargo, cuando el perorante dio a entender quién de los que ahí estábamos cargaba, según dijo, el tormento blanco y santificador de la pureza, Luciana soltó el brío de su mirada penetrándome, sus ojos puestos en los míos brevemente. Fue como si ella respondiera sin resistencia al llamado de algo nuevo y levemente extraño.

Me sentí repentinamente ablandado y benigno. Pude sustraerme con facilidad al halago de otras silenciosas miradas estimativas y aferrarme solo a esa, fugaz, de la mujer del admirable desnudo, que ya evocaba sin sensualidad y prescindiendo de la evidencia de que ella, esa noche y entre las demás mujeres, no parecía superior a ninguna.

En el transcurso de la comida no volvió a ocuparse de mí. Ese despego más me atraía y hasta me condujo a un exceso de copas en procura de animarme a parecer brillante, lo cual, pude comprobarlo, no seducía a Luciana.

Torné a guardar en prudencia y silencio mi ansiedad.

Yo no sabía hasta qué punto me había traicionado. Me enteré, no sin inquietud, cuando desplazé la silla para abandonar la mesa, como lo hacían todos, y el oficial mayor Bermúdez, se aproximó a mi oreja, simulando para los demás una confidencia amistosa y risueña y me dijo:

—Alguien, cerca de mí, tuvo una ocurrencia que hemos festejado mucho. Señaló a Luciana Piñares y exclamó: “Es la mujer de cuerpo más hermoso que Zama ha imaginado”.

Era como para que en mí se levantase una tempestad de carácter. Pero ocurrió que el imaginador de cuerpos hermosos recibió en ese momento, ni un segundo después, otra mirada de la mujer del cuerpo más hermoso que había imaginado. Una mirada que cantaba este mensaje: “Si mejor os conociera...”.

Si de regreso me hubiese dado en la calle con Su Majestad y en sus labios esta propuesta: “Zama, ¿quieres cargo en Buenos Aires, mejor visto y rentado, si es que aceptas partir mañana?”, le habría respondido: “Todavía no”.

Ningún hombre —me dije— desdeña la perspectiva de un amor ilícito. Es un juego, un juego de peligro y satisfacciones. Si se da el triunfo, ha ganado la simulación ante interesado tercero y contra la sociedad, guardiana gratuita.

Esa noche, además, se me presentaba como establecida para el amor con Rita: entraría por la puerta del fondo y le daría caza en el huerto, esta vez implacable y, quizás, amado voluntariamente. La menor de las Gallegos Moyano había pasado para mí a una condición de inferioridad con respecto a Luciana y, en el planeamiento del futuro que me hice asistido por la Luna, a una función meramente accesorio.

Sin embargo, mientras más cerca me sabía de la casa, mayor importancia cobraba para mis ansias urgentes de amar, aunque fuese buenamente. Disponía de anticipada conformidad, mas no podría soportar que el huerto vacío me defraudara.

Me defraudó.

Vino a mí, ni un grado menos, el furor empecinado.

Atravesé los patios sin cuidarme de no hacer ruido y llegué al mío de un solo impulso, dispuesto a golpear la puerta malogrando el reposo y la tranquilidad de Rita.

Mi puerta estaba abierta y la habitación echaba afuera un estable resplandor. Quise que fuese ella aguardándome y sabía que eso era imposible. Maldije mis trancos destructores del silencio y del sueño y procuré remediar el anterior alboroto acercándome con pies de pluma.

Sobre la mesa ardía una vela y junto a la vela se hallaba una caja de latón, secreto depósito de mis monedas de plata.

Un ladrón.

Me desmandé de nuevo atropellando, crujiendo de rabia.

Lo primero que me reclamó fue la caja. Tres o cuatro monedas desparramadas sobre la tabla, las demás adentro. Fue una comprobación

velocísima, pero más rápido resultó el intruso, a quien no había visto hasta entonces. Salió de las sombras, de mi lecho, me orilló con agilidad y se lanzó hacia la galería sin darme tregua en la sorpresa.

Era un niño rubio, desarrapado y descalzo.

Fui hasta la puerta. Se lo había tragado la oscura galería. Pensé que un niño solo era poco para tanto atrevimiento y supuse un cómplice aún escondido. Me volvía hacia el interior, ya con el estoque desenfundado, y dando grandes voces de amenaza hacia adentro y de alarma hacia el exterior.

Impetuoso, busqué las sombras y les tiré puntazos, infructuosos. Luego, con la vela inspeccioné mejor y más la parte inferior del lecho.

Mientras, llegaba don Domingo, dispuesta una veterana pistola de rueda, pero con escasa firmeza y vista para que resultase eficaz.

Tres esclavos, que por prisa no habían terminado de ponerse la camiseta, obedecieron nuestras perentorias conminaciones: “¡Buscad! ¡Buscad!”, buscando por las galerías, los patios, tras las plantas y botijones, hasta desaparecer. Regresaron sin haberse topado con nada, a tal punto que parecían advertir en ese momento que fueron a descubrir algo e ignoraban qué.

Don Domingo les explicó lo que yo vi, por si alguien podía aportar referencia esclarecedora: “Un niño rubio, espigado, como de doce años; descalzo y casi sin ropas, que ha de haber dormido unas horas aquí, en el lecho de don Diego”.

Los esclavos se consultaron entre sí, con la mirada y voces bajas y nerviosas.

Uno de ellos, un zambo, resumió lo que podía considerarse un dictamen:

—Ha de ser un niño muerto, mi amo.

Si Rita, en una de las habitaciones que destilaban luz por las rendijas, estaba escuchando, era preferible que compartiese la idea supersticiosa del negro. De lo contrario, me habría juzgado merecedor de todas las burlas.

En la mañana se repitió la revisión prolija de la casa y sus dependencias. Solo mi habitación había sido visitada y nada de valor faltaba.

Me poseía la sospecha de una malévola chanza, mas no acertaba a determinar sospechosos. ¿Por qué pensé en Ventura Prieto si nada hacía razonable acto tan fastidioso contra mí? Levantisco y dispuesto a la pendencia, no pude, en las horas de despacho, sustraerme a una recatada vigilancia de sus gestos, a un control prevenido de sus posibles alusiones, por si alguna lo delataba. Pero no, ninguna.

En la tarde, mientras cavilaba dónde esconder con mayor seguridad mis escasas monedas de plata, tuve el más deseado convite: de mate cebado por Rita.

Nos sentamos al amparo de un plátano anciano, en sillitas bajas, y me sirvió el primero en silencio. Era azucarado y flojón. Lo sorbí despaciosamente y creo que con el líquido me venía gradual conciencia de cariño, tanto que me anegaba.

Alzó la mirada, como si estuviera al tanto de ese sentimiento nuevo y limpio, y buscó en mis ojos un indicio de que podía tenerme confianza. Yo estaba enternecido: la veía bella y delicada, víctima de un amor consumado en el misterio, con la soledad del secreto y supuse —firme en la convicción— que ella había sido, era y sería de un solo hombre.

Entretanto, no habíamos pronunciado una palabra y yo no sabía cómo participarle mi disposición afectuosa, repentinamente fraternal. Le dije entonces algo desmañado, apelando a un recurso de vía indirecta. Le dije que sentía inmensa gratitud por ella. Sorprendida, me preguntó por qué. Con ardor le expliqué que si alguien se ocupaba de mí, hombre sin familia y alejado de su tierra, era por una misericordia que conmovía mi pecho hasta ese punto que podía verse. En efecto, resultaba visible mi emoción, porque despuntaba en una ligera acuosidad sobre los ojos.

Ese brote de lágrimas y hasta mis palabras eran desproporcionados con el favor que recibía de Rita, una atención que en múltiples ocasiones me prodigaron sus hermanas. Ha de haberlo comprendido así, debe de haber percibido cuánto era mi desasosiego, por el arrepentimiento, tal vez piedad, que me inspiró con su oculto amor y su tardío pero sumiso acercamiento a

mí. Le brotó el llanto, caudaloso, y se mordía los dedos para no gritar. Yo le acariciaba la cabeza, reclinada sobre mi pierna, y procuraba animarla a recuperarse pronto, con justificado miedo de que nos descubriesen en tal situación.

Se calmó. Secó su rostro. Tornó a una actitud serena, pero triste.

Me sirvió un mate, después sorbió uno ella. Dejábamos que la atmósfera luminosa y posesiva nos convirtiese en calmos objetos.

Ella intentó el diálogo, preguntándome por el niño rubio de la noche pasada y aunque empleó un tono diferente vino a acuciar en mí ese resquemor de la probable chanza. En tanto le explicaba cómo saltó del lecho, me esquivó como un pájaro en vuelo y se incorporó a las sombras como si a ellas perteneciera, me atravesó una sospecha urticante: Rita y su hombre prepararon la escena. Quisieron asustarme, tal vez trastornarme, en castigo por mis regresos de alta noche que malograban sus arrullos.

Se contuvo en seco mi enternecimiento y el mayor esfuerzo de corrección que hice se enderezó a no herir demasiado con una acusación. Obstinado en la creencia de que Ventura Prieto andaba por medio en el asalto del niño, se me ocurrió que el amante de Rita era él. No me interesaba si lo era o no; yo quería saber si a Rita debía, aunque fuese en parte, mi grotesco desarreglo nocturno.

Entonces le declaré que me creía con derecho, siquiera, a conocer el nombre de la persona a quien protegía con mi reserva.

Achicó sus ojillos la indignación, apretó los dientes un momento y, acto seguido, los soltó para decir, terminante:

—Oficial mayor Bermúdez.

Y un gemido se fue con ella de disparada, al encuentro de su habitación.

Quedé contemplando tenazmente la sillita baja, vacía, en tanto la calabaza se enfriaba en mi mano.

Solo a esta altura Bermúdez comenzó a ser, para mí, algo definido. Hasta entonces no pasó de constituir un receptor y girante de legajos en la casa de la gobernación.

Para la gente, tengo entendido, representaba algo parcialmente espectacular: del cuello para arriba.

Había sido capitán del rey, pero un tajo hondo a la altura del corazón le vedó para siempre la vida violenta de los militares. Nada le impedía, sin embargo, el uso del casco, el más pulido que vi, y él lo lucía con motivo de cualquier solemnidad, civil, militar o religiosa. Pero ocurría que prematuramente, pues no pasaba de los treinta y cinco años, quedó sin un pelo en la parte superior del cráneo, y la gente decía que, con casco o no, la cabeza le brillaba igual. Esto parecía envanecer a Bermúdez.

Cuando nos reunimos en el trabajo, su presencia excitó mi dolor y arrepentimiento de la víspera. Pensé que, después de todo, ese individuo intrascendente era para alguien razón de pecado, amargura y deleite, e imaginé la pequeña mano de Rita deslizándose en caricia por la bruñida cabeza calva.

Bermúdez, que nunca se me aproximó sino con papeles, o con aquella socarrona confianza de la fiesta, tuvo ese día un infrecuente rasgo amistoso. Me pidió que comiéramos juntos en la posada a mediodía. Si bien no mencionó causa, me sentí obligado, suponiendo que con prontitud extrema Rita pudo transmitirle sus pesares por mi conducta.

Renació mi disposición de ser útil a los amantes e incluso me hice la ilusión de llevar sus relaciones a un plano más decoroso. Nada había en el convite de Bermúdez que trasluciese ánimo agresivo, de modo que acudí confiado a compartir su mesa.

Sin embargo, su manera de introducirme en materia me picó. Me dijo que tenía que hacerme una confidencia, en bien de mi seguridad, y me rogaba que no tomase a mal su deseo de prevenirme. Como yo pensaba que él conmigo solo estaba en condiciones de ventilar la cuestión de sus amores con Rita, supuse que, tras reconocerlos, ya que otra alternativa no le quedaba, me formularía una amenaza. Eché cuentas y consideré que su corazón en peligro no lo facultaba para un duelo, de modo que pude dispensarle el obsequio de mi paciencia hasta escucharlo algo más.

Ni el mejor catador de hombres está en condiciones de saber qué esconde, qué trae el prójimo que pacíficamente devora con él jugosas porciones de carne asada.

Cuando apuré a Bermúdez para que se explicase, me declaró:

—Señor doctor, estáis en un serio compromiso.

Me puse trémulo y apreté los puños: ¿de manera que el compromiso era para mí y no para él?

Pero añadió rápidamente, sin darme lugar a la reacción, el argumento que lo determinaba a pensar por mí: yo, que soy americano, el único americano en la administración de esta provincia, aunque tenía probada mi lealtad al monarca, proclamé, en la fiesta que solo me conformaba con mujeres españolas. Mi esposa, sobre hallarse lejos, era también americana y, en consecuencia, mis palabras únicamente significaban una cosa: que yo codiciaba o poseía ya a una mujer de la colonia, en franco adulterio, por ser yo casado, y si la hembra también lo estaba, en redoblado delito.

Me encontré, de pronto, elaborando una justificación: yo solamente quise decir mujer blanca, como opuesta a indias, mulatas y negras, que me inspiraban repugnancia, y eso, me atrevía a mentir, en la hipótesis de que se

tratara de una licenciosa notoria y de cualquier modo como posibilidad. Estaba totalmente confundido y me envolvía en palabras sin darme salida, porque patente se me representó una situación de desfavor para mi probable traslado. Si el asunto se tomaba como ofensa de un americano contra el honor de los españoles y alguien interesado se encargaba de abultarlo, podría estorbar mis demandas ante el propio virrey.

Estaba desolado, hasta que me reconforté apelando al discurso sobre mi virtud que hizo en la cena don Godofredo Alijo.

—¿Cómo es posible entonces conciliar opiniones tan diversas? Tengo a mi favor la de un respetable ministro de la Real Hacienda.

Percibí que Bermúdez se encontró súbitamente desarmado. Aun en el caso de que la autoridad máxima, el gobernador, se hubiese enterado y pronunciado en contra, no era el oficial mayor persona suficientemente indicada para estar al tanto de su pensamiento.

Arguyó entonces que ciertos caballeros habían hablado, en los días siguientes, sin cuidarse de que su concepto trascendiera, aunque él, Bermúdez, por discreto no me daría nombres, al menos si eso no resultaba imprescindible para las precauciones que yo pudiese tomar.

Aunque la hablilla tuviese base real, me sentía por encima de ella, porque no veía peligro inminente, de modo que aseguré a Bermúdez que no me intranquilizaba y le dije que podía guardar reserva para siempre sobre la identidad de esos caballeros.

Ya no pudo correrme.

Otra imagen, no la del supuesto favor, advino a mi mente: Luciana de Piñares de Luenga varias veces de consulta, desusada en mujeres de su condición, en el despacho del oficial mayor.

Pero esto había sido antes de la fiesta y no le encontraba atadero con el nuevo episodio.

Esas jornadas de acontecimientos imprevistos, de agitaciones y tumbos, me apartaron de cualquier intento de encontrarme con Luciana, lo que era difícil hasta otra reunión, y las reuniones se daban espaciadamente. Zama, ofensor, no podía pisar el umbral de Piñares, ofendido. Buscarla en misa era abocarse al laberinto de los oficios, que se daban de a dos o tres por mañana en cada templo y eran arriba de seis, sin contar los de naturales.

Rita, que fue resplandeciente, lo era menos, como si algo le chupara la sangre. Al encontrarnos se forzaba en pro de una conducta normal, porque había sido herida y conservaba la lastimadura del débil humillado por el fuerte.

Pude, pues, retornar a Marta. En esta disposición me halló un mensaje suyo, enviado por el mismo barco en que llegó un caballero oriental con cartas de recomendación para mí. Traía este hombre un probable negocio de explotación de maderas; personas considerables me encomiaban atenderlo debidamente y presentarlo a quienes pudiesen facilitarle sus cosas. Esta atención importaba indudable merma de mis monedas de plata.

Marta, superando sostenidos reparos, me hablaba de la situación económica del hogar. Estaba afligida. Había tenido que vender las modestas alhajas de su dote, a espaldas de mi madre. Con esos recursos hacía tiempo, hasta que yo pudiese ayudarlas.

Como yo inmediatamente no podía, tuve que franquearme en otra misiva conmovida por su abnegación silenciosa y colmada de recomendaciones de que siguiera ocultando la crisis a mi madre. Debí

aclararle que mi sueldo era realmente de mil quinientos pesos, pero mil debían serme ingresados de los propios de la ciudad y, en consecuencia, por ser estos tan exigüos, los míos no pasaban de ser ilusorios. En cuanto a los otros quinientos, solo en ocho oportunidades habían llegado de España, sobre quince meses de permanencia.

“Marta —suplicaba yo con la pluma— sacrificuémonos aún algo más. Es por mi carrera, que no puedo abandonar si quiero otro cargo más cerca de ti, de mayor lustre y efectivas entradas. Algo se juega también mi nombre, que es el de tus hijos”.

Encontré alojamiento para mi visitante en una casa de la calle San Francisco. La calle de San Francisco corre, mirada desde el río detrás de la calle de San Roque y en la calle de San Roque estaba la casa de los Piñares de Luenga. De los fondos de esta, una piedra lanzada por mano de un hombre podía golpear la ventana del oriental.

Lo visité asiduamente en su habitación y ha de haberle extrañado tan solícito interés por favorecer sus negocios.

Hasta que un día, muy temprano, observé agrupados, detrás de la casa de Piñares, caballos y mulares con avíos de viaje. El señor preparaba la ida a su estancia de Villa Rica.

Dejé transcurrir un lapso prudente e invité al oriental a visitar a Piñares de Luenga, ministro de la Real Hacienda, que seguramente podía contribuir con informes que dejaran sólido y concluido el proyecto.

Compuesto en forma que merecí cumplidos de mi favorecido, pasé a buscarlo; con él del brazo me presenté por la puerta principal en casa de don Honorio Piñares de Luenga.

Un esclavo joven nos informó que el señor ministro se hallaba en su estancia de Villa Rica y no regresaría hasta pasado un mes. Hice manifiesta una intemperante decepción, con voces algo elevadas de tono que provocaron miradas de estupor de mi acompañante. No me iba y requería mayores explicaciones. El oriental me tironeó discretamente de la manga y, antes de que malograrse mi plan y en vista de que nadie desde adentro venía en mi colaboración, me decidí y ordené:

—Di a tu señora que aquí está, presentado por don Diego de Zama, un caballero de Montevideo, que debe regresar muy pronto a su patria y desea ser atendido por el señor ministro.

El *cunumí* se retiró, dejando entornada la puerta, en acto de precaución.

El oriental dio curso a su malestar, diciéndome que cómo podía insistir de esa manera por una información de relativa importancia, de todos modos imposible de lograr, ya que el ministro no estaba. Que había otros ministros de la Real Hacienda, si tanto quería hacer por él y que...

La puerta se abrió del todo, franqueándonos el paso. El esclavo nos guio hasta el salón.

Luciana nos recibió muy señora pero con las mejillas algo encendidas. Se mostró gustosa de nuestra visita y yo supe que era por mi osadía. Creo que nos sentimos repentinamente cómplices.

No obstante, dedicó toda su atención al oriental, a escucharlo un poco, lamentar la ausencia del marido y, muy luego, a cercarlo de preguntas que el hombre no podía responder, porque no era ni muy avisado ni amigo de las cosas espirituales, y hacia ellas se encaminó la curiosidad de Luciana. Quiso saber del teatro y de la música de Buenos Aires y Montevideo, y como por ahí no sacaba provecho de ilustración, se le ocurrió que este individuo, comerciante, podía estar enterado de trapos y le preguntó de las tiendas y hasta el precio de los dedales de plata. Como aquí algo acertaba, el oriental quiso recuperar terreno y se mostró viajero, diciendo de un viaje a Córdoba. Pero dio un traspié, porque Luciana supuso que por lo menos algún doctor sería amigo de él y le vino en ganas conocer la vida íntima de gente de esa clase, sus fiestas, reuniones, estilos de ropas, platos y bebidas, formas de educación de los hijos, en fin, un cuestionario para enciclopedia. No era para el oriental.

Se daba mi turno. Yo iba a él resentido, porque licenciado soy, aunque no de Córdoba, y bien podía preguntárseme. Era esa vez un poco como siempre: allí donde la gente no es de universidad, si posee algo de qué enorgullecerse, posición o hacienda, decide ignorar el estudio y títulos de quien tuvo aula.

Mi oferta procuró alivio al oriental y a Luciana un interés que, asombrosamente, se permitió dejar en suspenso, hasta una nueva visita nuestra, que nos encargó se repitiera dos días después, a la oración.

Esa noche soñé que por barco llegaba una mujer solitaria y sonriente, sonriente solo para mí, necesitada de mi amparo, que se me confiaba a mis brazos y mezclaba con la mía su ternura. Pude precisar su rostro, gentil, y un vello rubio que le hacía durazno el cuello y me ponía goloso.

No era Marta; tampoco Luciana. No era nadie que yo conociese.

Dejé el lecho, espiritualizado. La mañana era limpia y propicia. Bebí el mate y prescindí de los bizcochos. Comer, masticar, me parecía grosero.

En la calle me di con una berlina modesta, de gastados arneses y cansino tronco.

No le presté atención cuando pasó a mi lado. Pero reparé en una mano, carnudita y joven, muy blanca, guardada de encajes, que se tomaba de la portezuela. La cortina echada no permitía hacer público más que ese breve testimonio de donaire. El carruaje se alejaba y, por modesto, no podía distinguirlo de ningún otro.

Pensé buscar mi caballo; suspendí tal propósito.

Quizás era la mujer del sueño; seguramente no.

Al igual que ella, operó en mí como una perdurable caricia.

Por juntar pedacitos de esperanza, repasé las características del coche y de los animales de tiro, a fin de retenerlas. Sin duda, me dije, para la dama de la mano era un pobre medio de no ir a pie; sin embargo, tuve que decirme también, de menos dispondría ahora la que era en verdad mi dama, Marta, mi señora.

Me sentí traicionero de su amor, de su humildad y su sacrificio; mas pensé en la mano resguardada de encajes, pensé en Luciana y quise justificarme como ante tribunal: “Por lo menos, debo conservar el derecho de enamorarme”.

Enamorarme, nada más, apuntaba en mi reserva de derechos, e imaginaba de nuevo la mano carnudita y clara, fugitiva, y la hacía real haciéndola de Luciana, y mía por un beso, un solo beso de enamorado, y luego el reclinar de mi mejilla en ella y sentir su calor pasándose a mi cuerpo.

Debía acudir al despacho. No me hacía mal saberlo, porque permanecía bajo la influencia del sueño y de la mano blanca, otro sueño. Mal me causaba, eso sí, que lo real me resultase inasible y, si una mujer venía a mí, lo hiciera en sueños, nada más.

¿Nunca sería el visitado del amor? No el amor de Luciana, si es que lo conseguía, sino el de una mujer de otras regiones, un ser de finezas y caricias como podía haberlo en Europa, donde siquiera unos meses hace frío y las mujeres usan abrigos suaves al tacto como los cuerpos que cobijan.

Europa, nieve, mujeres aseadas porque no transpiran con exceso y habitan casa pulidas donde ningún piso es de tierra. Cuerpos sin ropa en habitaciones caldeadas, con lumbre y alfombras. Rusia, las princesas... Y yo ahí, sin unos labios para mis labios, en un país que infinidad de francesas y de rusas, que infinidad de personas en el mundo jamás oyeron mentar; yo ahí, consumido por la necesidad de amar, sin que millones y millones de mujeres y de hombres como yo pudiesen imaginar que yo vivía, que había un tal Diego de Zama, o un hombre sin nombre con unas manos poderosas para capturar la cabeza de una muchacha y morderla hasta hacerle sangre.

Yo, en medio de toda tierra de un continente, que me resultaba invisible, aunque lo sentía en torno, como un paraíso desolado y excesivamente inmenso para mis piernas. Para nadie existía América, sino para mí; pero no existía sino en mis necesidades, en mis deseos y en mis temores.

Estaba espiritualizado.

A mi paso, tumbada y sin fuerzas para moverse, encontré en una zanja formada por los raudales a una mujer indígena, de mediana edad.

Me acerqué y ella no sabía con qué objeto, por lo cual sus ojos se pusieron implorantes como para que no la forzara a salir de allí, para que no le hiciera daño. Con ese ruego silencioso, con su abandono y su dolor, me causó viva compasión.

Quise saber qué le ocurría.

—*Tuvig* —me dijo.

—¿Sangre? ¿Estás herida?

Negó despaciosamente con la cabeza.

—No. Flujos de sangre, su merced.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué puedo ofrecerte?

—Yerba o azúcar para la médica, su merced.

Le di una monedita para su médica, la curandera, y otra para ella. Le dije que debía aguardar hasta que llegasen dos hombres, que la llevarían alzada a ver a la curandera y después a su rancho.

—No tengo rancho, su merced. Soy libre y tenía; pero mi hombre me echó.

Si bien entendía su situación, no supe cómo contribuir a resolverla. Arrojé sobre su falda otra moneda, consciente de que eso era nada para la miseria y la enfermedad, que el marido quería extirpar de raíz eliminando de su presencia a la mujer.

Ante la casa de la gobernación me aguardaba un mandadero con mensaje del oriental. Amaneció con retortijones y vómitos de cólico e imploraba mi colaboración para que se atendiese su salud.

Con repentina sangre en la cabeza, lo interpreté como una burla de la suerte, como un juego malévolo para excitar supersticiones: yo me ocupaba en la calle de una enferma desconocida, en procura de que sanase, y parecía que la enfermedad se pasaba a mi conocido. Enfermo él, no podríamos visitar a Luciana en la tarde: la desventura recaía en mí.

Hice avisar al oriental que muy enseguida tendría auxilio de expertos, pero decidí no ocuparme de momento y, secretamente, deseé que sufriera hasta aullar.

Prescindi también de mandar hombres en socorro de la mujer caída.

El gobernador tenía indicado que en cuanto yo llegara me pusiese a sus órdenes. Esto implicaba antesala, hasta que él se dignase franquearme el paso. En esta ocasión se retardó hasta crisparme de impotencia.

En igual situación y viendo mis nervios permanecían de pie dos ancianos pulcros y una joven bonita, sencilla y notoriamente pasiva. Estaban en la sala desde antes que yo y si respondieron corteses y tímidos a mi abreviado saludo, más no hubo entre nosotros, aparte de un silencio largo y una aparente igualdad de condiciones que me humillaba.

De ellos se trataba. El gobernador, que me recibió con una cordialidad apaciguadora, me rogó que lo librase de esa gente, según sus conocimientos temiblemente pedigüeña.

Tuve que acceder, con callada reserva de venganza.

Pasé a la antecámara sin mirarlos, clausuré tras de mí la puerta del despacho y esperé que ellos me buscaran.

Tendrían que fatigarse de aguardar audiencia del gobernador, animarse a inquirir a su secretario y entonces darse cuenta de que quien iba a atenderlos era el señor asesor letrado; recibidos al cabo de otro tiempo, caer en la comprobación de que el asesor letrado era yo, es decir, la misma persona que tuvieron a tiro media hora, desperdiciada e irrecuperable.

Pero el tiempo, allí, de nada servía, y finalmente me molestó su paciente antesala. Más me cansé yo que ellos; por lo menos, eso creo.

Qué fuertes eran mis deseos de ser despótico y expeditivo y cuán escasa oportunidad me dieron las humildes palabras del anciano.

Era descendiente de adelantados; podía citar en rama directa, a Irala.

Cuando me exponía esto, como una relación de hechos, sin postura ni orgullo, llamó alguien a la puerta y era Ventura Prieto. Lo hice pasar para que el anciano se sintiera disminuido, obligado a confesarse y pedir ante persona extraña, de quién sabe qué rango.

Ventura Prieto, discreto, quiso retirarse; a una indicación mía permaneció cerca de la entrada, observando interesado.

El anciano, intranquilo como yo lo deseaba, dijo ser de los antiguos pobladores de Concepción, con tierras heredadas, pero ya tan reacias a sus decrepitas manos que había caído en la miseria y se veía en precisión de pedir a Su Majestad para sí, su mujer y su nieta, sin padres esta a causa de un acto sanguinario de los indios, diez años atrás.

La niña, que al principio me miraba con limpidez, poco a poco había inclinado la hermosa frente y con su manecita, con solo la punta de los dedos, se tomaba de mi mesa, como para aferrarse a algo. Mi mesa representaba al asesor letrado: yo era lo sólido y lo último para hacer pie.

Yo constituía de nuevo algo útil e importante.

Mi vanidad dictó estas palabras:

—Puede volverse en paz vuesa merced a su tierra, que tendrá encomienda de indios en nombre de Su Majestad, que ha de acordar sin tardanza el gobernador, por quien me comprometo con mi palabra.

Puse tanta aplicación en la solemnidad de mi promesa, persiguiendo un chispazo de gratitud en los ojos de la joven, que olvidé reclamarle documentación probatoria de su ascendencia.

La joven me había entregado el fulgor humedecido de sus ojos y yo me sabía alguien, alguien en su intimidad dichoso.

Ventura Prieto venía a traerme la reiteración del mensaje del oriental.

Desusadamente amistoso, le pedí consejo. Me indicó al cirujano Palos y yo hice una broma con su nombre, obtuve otras referencias sobre el modo de encontrarlo y le encargué me enviase dos hombres para que fueran en busca de la mujer caída. Yo era en ese momento una persona buena y comunicativa, tanto que referí a Ventura Prieto el episodio callejero, procurando hacerlo partícipe de mis humanas acciones y mi compasión.

Mayor era la suya o más lúcida. Me dijo que tanto merecía un cirujano la indígena como el oriental y me animó haciéndome presentes los procedimientos antojadizos de los curanderos: “Hechizos o intervenciones

cruelles; de lo contrario, lo inoperante: por ejemplo, contra los flujos de sangre, sahumeros de hojas de güembé”.

Poco necesitó Ventura Prieto para persuadirme, pero tuve que arrepentirme de haberle franqueado mi confianza.

Se atrevió a opinar sobre mi pronunciamiento en el caso de los descendientes de adelantados, del que era testigo.

Dijo que para privar de la libertad a cien o doscientos nativos y hacerlos trabajar en provecho ajeno no era mérito suficiente un papel antiguo con el nombre de Irala.

Como todavía no acertaba a comprender si criticaba mi disposición favorable al anciano o simplemente el régimen de las encomiendas, quise explorar un poco más, y le pregunté cuál título consideraba válido para obtener la encomienda.

—Ninguno —me respondió—, y menos que todos el de la herencia remota.

Lo contemplé con un tanto de superioridad y suficiencia, porque sus opiniones eran peligrosas y lo veía ofuscado, mientras yo me mantenía sereno.

Dije, muy pausadamente, como si estuviera reflexionando, aunque en realidad pedía respuesta:

—¿Estaré hablando con un español o un americano?

Y él, incontinente, me replicó:

—¡Español, señor! Pero un español lleno de asombro ante tantos americanos que quieren parecer españoles y no ser ellos mismos lo que son.

Aquí nació mi furia:

—¿Va por mí?

Vaciló un instante, se contuvo y dijo:

—No.

No estaba Palos de cirujano, sino de alzacopas, y aunque rescatado de la taberna no consintió atender más que al oriental, juzgando indigna la calle para “las consultas de la ciencia”.

Lo dejé, pues, junto al lecho de los cólicos, y seguido de dos esclavos de la casa acudí en busca de la mujer, con plan de trasladarla al patio de la servidumbre para que no fuese largo el camino del cirujano ni deprimente para sus pretensiones.

No se hallaba donde antes la vi y nadie por las inmediaciones parecía haberse ocupado de ella, de su estado y partida.

Tampoco era sencillo dar con la vivienda de la curandera, si es que allí se había encaminado la mujer. Los esclavos primero y personas de la vecindad enseguida, me informaron de lo que yo nunca me había ocupado hasta entonces: los “médicos” venían del campo, pero solo en día de fiesta religiosa.

Una *gûaigüí*, una vieja, había, sin embargo, con residencia fija y consulta permanente.

Por Ventura Prieto lo supe, cuando fui a la posada a reponer fuerzas y todavía estaba desorientado, tanto que hacía trascender mi desasosiego y remordimiento, culpable de descuidar una vida que prometí asistir.

Tanto los americanos como los españoles, y estos de las clases más distinguidas, para remedio de sus achaques preferían, antes que al cirujano, al cura experto, al curandero. De todos modos, era proverbio que la muerte solo es cosa de viejos y de parturientas, no de soldados ni enfermos. Si algo de verdad había en esta convicción, su vigencia no excedía los límites de la provincia y, en todo caso, del núcleo más civilizado, allí donde no dominaban los indígenas ni se comía carne humana.

Nada alteró, pues, mi presencia en casa de la médica, donde dos señoras españolas aguardaban su turno y fingieron no conocerme.

Entre el concurso no se hallaba la buscada. Me demoré un instante, por si formaba parte del grupo que, más adentro y con cierto aislamiento, se consultaba con la *gûaigüí*. Como el trámite tardó, fui allá y allá estaba, entre todos, un niño rubio, de unos doce años, espigado, en la tarea de pasar a la vieja los canutos de caña con orinas para el diagnóstico.

Una noción me forzaba a asociarlo con el bandido que ocupó mi cama y destapó mi caja de caudales. Pero la certidumbre tardaba en venir. Por ahí, en una tregua de su tarea, me miró tranquilo y sonriente, como con familiaridad. No dudé: era él.

Con resolución que no precisó de reflexiones, me abrí camino entre el grupito de enfermos y le caí encima con mi pesada mano aferrándolo de un hombro. El mozuelo se desconcertó un tanto, mientras yo lo acusaba: “Fuiste tú, canalla. ¡Fuiste tú!”. Y para forzarlo prontamente a la respuesta, lo zamarreé, increpándolo: “Pillo, dime quién te mando robarme. ¡Dime!”.

Yo sentía en torno el revuelo de gallinas asustadas de las mujeres y esto me molestó, distrayéndome lo suficiente para que el pequeño, ladino y bravío, se sacudiera entre mis manos, liberándose un poco para sentirse firme en un pie: con el otro me aplicó un fuerte puntazo en la parte prohibida.

Grité de dolor, yo, ¡maldito sea!, y el rapaz se me escapó.

Las mujeres se habían desparramado y nadie pensaba en auxiliarme ni acercarse. La vieja, con aire místico y ausente, permanecía sentada en el suelo, con las piernas cruzadas bajo la falda. Yo bramaba, conteniéndome con las manos la parte afectada.

Cuando el dolor se atenuó, asalté a la vieja con preguntas. Solo pude aclarar que días antes el niño rubio le llevó de regalo una cantidad de ají seco, que ella utilizaba como medicina, y en cambio lo autorizó a quedarse en su casa, sin conocer quién era, ni siquiera su nombre.

Muy segura de su afirmación, pero sin lamentar la pérdida del ayudante, me dijo:

—No volverá.

Comenzaba la tarde, pero tanto mal me había dado aquel día que me espantaba continuarlo. Sin embargo, no se puede renunciar a vivir medio día: o el resto de la eternidad o nada.

Podía sí, sustraerme a las asechanzas de la ciudad montando a caballo con impensado rumbo. Oscilaba entre esa perspectiva y la muy incierta de visitar a Luciana.

No podría hacerlo sino como acompañante del oriental, pero el cuerpo del oriental era sobre el lecho un gusano retorciéndose sin salir de un punto fijo. Me resultaba tan inútil para aquella ocasión que lo contemplé en silencio y me dije que su muerte nada me importaría.

Nada me importaría mi propia muerte, creí también, y me acometieron unas ganas fuertes de no ocuparme ya de cosa alguna, de no retornar ni a mi cuarto ni a la calle ardiente y polvorienta, de echarme allí mismo, aunque fuese en el suelo, y descansar, descansar.

Como entré por los fondos, en casa de mi huésped encontré a las mujeres de la cocina dedicando la siesta a preparar dulces. Al aire libre, en grandes ollas de hierro, cocían las frutas descascaradas.

Yo venía sudoroso y seguramente más encendido de lo normal por la tierra, esa tierra roja de las calles pegada a mi rostro. Deseé el beneficio de un agua tibia por todo mi cuerpo y ordené que aprovecharan ese fuego para prepararme un baño.

Colocaron en mi habitación una tina grande y embalsamaron el ambiente con eucalipto.

Un esclavo me frotó la espalda con un trapo mojado. Después le ordené que se fuera.

Permanecí largo tiempo sentado en el agua, gozando de una paz sedante que llevó mi imaginación al lejano hogar y algo después a la posibilidad de un amor inmediato, el de Luciana u otra mujer agradable y sana, que necesitaba tanto como comer.

El baño me confortó, me puso rozagante y tan inconscientemente predispuesto a lo que iba a hacer que bastó, para decidirme, un menudo episodio. Al retirarme de la habitación a la calle, mi huésped, don Domingo, me dijo, entre paternal y complaciente: “Ya estoy yo también al tanto de la novedad: que ha habido baño de cuerpo entero”. Sin detenerme, mientras lo saludaba con una inclinación de cabeza, le sonreí, amistoso y ufano, muy satisfecho de que lo hubiera notado.

Yo era alguien merecedor de ser bien visto y recibido. Me lo decían los discretos cumplidos del caballero, mi huésped. Si un anciano como él se baña en tina, se piensa que es un viejecito aseado, nada más, y se procura que no se enferme con el agua. Pero el baño de un hombre de treinta y cinco años sugiere otros móviles.

Apetecía ya la aventura y hasta el riesgo, al punto de preferir que el oriental siguiera postrado. Pero tuve el escrúpulo de pasar otra vez a enterarme de su estado. Era inquietante, pues le habían nacido unas terribles calenturas. Temí que fuese por mi culpa, a raíz de aquel mal deseo de más temprano.

Su situación, la intranquilidad de mi conciencia, frenaron mis ímpetus, pero solo hasta que pensé que de la misma comida y de los mismos cólicos podía morir yo una semana adelante. Podía morir ascético con la sangre ardiente y la boca llena de quejas contra mí mismo, sin dejar mujer alguna dolida de haber pecado por Diego de Zama. Es que Diego de Zama, sin haber besado durante años otro cuerpo que el de su mujer, se conocía ajeno

a la pureza de la fidelidad y precisaba también que alguien más participara de su confusión de deseos y mordientes reproches.

No; no iba yo, bajo aquel cielo borroso de atardecer, hacia un amor luminoso ni alegre. Con qué certeza lo sabía.

De que iba al amor no dudaba. Mi ánimo resuelto me hacía confundir la apetencia con una implícita combinación.

Me desengañé parcialmente cuando estuve frente a la casa y no tenía pensado aún el pretexto para presentarme.

Pedí hablar con la señora. Luciana bordaba en el salón y me recibió benévolutamente, sin sorprenderse.

Fingimos los dos estar muy interesados en los asuntos del oriental. Ella deploraba la ausencia del marido, pero me formuló la promesa de enviar en la mañana siguiente un mensaje con el esclavo que había venido de la hacienda.

Se entregó a la confidencia:

—Mi marido sigue tan enamorado de mí como al comienzo de nuestro matrimonio. Cuando se ausenta me asedia con misivas cariñosas.

Tomé coraje:

—Señora, saber eso me causa daño.

—¿Por qué?

—Soy celoso.

Me atajó, vivamente:

—Nada os autoriza a serlo.

Sobrevino el silencio, pero yo estaba obstinado en mi propósito y no fui caballero, es decir, ni pedí disculpas ni me retiré.

Se amansó aunque tomando un aire compungido. Me dijo que muchas mujeres la aborrecían por su independencia y demasiados hombres se equivocaban respecto de su conducta porque ella pasaba largas temporadas sola, pues no compartía la afición de su marido a la hacienda y, por lo contrario, se ahogaba en su casa y también en el país. Poco podía juzgar de otros, porque vino de España en la adolescencia; pero calculaba que en

ciudades mayores la gente vivía menos sola porque se conocía menos entre sí.

Yo no quería seguir sus reflexiones, atisbaba la palabra que me diese pie para una insinuación o avance. Mientras ella asumía más y más una actitud desolada, yo me sentía como dispuesto a asaltarla y la observaba rigurosamente, casi con despecho porque ella no correspondía con mayor ligereza a lo que ya me parecía inminente. En el análisis, su cráneo me pareció el reverso de la belleza y comparé su quijada con la de un caballo, por lo fuerte y prominente.

Cesó en un discurso de voz queda que yo no había atendido e ignoro si debí contestar, y me comunicó, como dolida de tener que hacerlo:

—Diego, viene la noche; es tarde. No seamos imprudentes.

Me nombraba, íntimamente, Diego; pedía prudencia y más bien parecía echar el nudo a una complicidad. Era mi triunfo, un triunfo repentino. Lo recibí con nervios, gusto y una tremenda vacilación, porque ignoraba cómo y cuándo podría consumarlo y si me correspondía la iniciativa.

Solo supe decirle, codicioso, vehemente y enamorado —enamorado—, mientras le tomaba una mano:

—Luciana, Luciana mía.

Y ella asintió con un suspiro, sin decir palabra y con la mirada baja, en tanto sustraía su cálida prisionera de mis manos y con el saludo me ordenaba:

—Ahora, hasta mañana.

Todo resultó demasiado llano, demasiado fácil. Pero yo le temía a mi suerte.

¿Fue, realmente, Ventura Prieto?

Aquella noche me despreocupé del oriental. De mañana acudió a la gobernación un mandadero, con un recado del huésped de mi protegido. Me comunicaba que las dolencias de este se habían agravado y ya resultaban alarmantes.

Como el mensajero era un criado de razón, empleó tanta ceremonia en los saludos previos y tanta minuciosa abundancia en el informe que quienes discurrían por el lugar —lo atendí en la galería— acortaban el paso para cazar al vuelo algunas palabras. Uno de ellos fue el oficial Bermúdez, que, autorizado aún más para la pregunta por mi semblante de fastidio, quiso saber si había recibido noticias infaustas de alguien querido.

Me habló delante de Ventura Prieto y no pude impedir que este escuchase mi respuesta discretamente cortés e informativa, ni menos que diera rienda suelta a su habitual curiosidad y me interrogara —correctamente, eso sí— acerca de mi búsqueda de la mujer achacada por flujos de sangre.

Como en verdad Ventura Prieto estaba demasiado en el asunto, porque recurrí a él cuando no sabía a quién dirigirme, le contesté que no pude dar con la enferma, pero sí con la vieja médica que me indicó.

—¿Entonces vuesa merced vio a la mística del niño rubio?

Cuánto contenía para mí esa pregunta: Ventura Prieto estaba al tanto de que el niño rubio acompañaba a la médica y me mandó buscarla. Era una burla y una afrenta. Eso pensé y por fin pude desahogar mi indignación.

Le apliqué dos recios bofetones, sin averiguar más, sin darle aviso ni respiro. Se tambaleó, asombrado. Reaccionó y me clavó una mirada de

hierro. Encorvó lentamente el cuerpo y se me volcó encima tratando de asir mi cuello y voltearme. Conseguí parar el empujón y aunque él estaba prendido de mí, logré eludir la tenaza de las manos con enérgicos movimientos de cabeza y haciendo duro el cuello hasta sentir que casi me estallaban las venas. Para él sería como agarrar un tronco con vida. Sudábamos, prendidos cuerpo a cuerpo, pero yo me sentía más poderoso o más impulsivo y traté de sitiario contra una ventana. Paso a paso, cedió terreno hasta quedar adosado a los hierros. Entonces lo agarré de los pelos y di tres veces su cabeza contra las rejas. No quería destrozarla, ni tantas eran mis fuerzas. Pero lo azonqué y todavía, enceguecido por saberme dominante, atiné a sacar el cuchillo del costado y le hice un tajo en la mejilla.

De un brinco me eché atrás y quedé a distancia, a la expectativa, cuchillo en mano, hasta ver su reacción. Pero él estaba desfallecido y jadeante y creo que ni siquiera deseaba ver su sangre.

En vista de que la lucha había concluido, algunos se acercaron a prodigarme afectos, felicitándome por mi destreza y mi victoria, lanzando denuestos contra Prieto y mostrando interés por ayudarme, si es que estaba herido o agotado.

Ventura Prieto fue puesto en prisión.

El gobernador me hizo llamar. Apenas entré, me declaró:

—Ya lo he destituido.

Me requirió un informe verbal del episodio, pero me adelantó su punto de vista:

—¡Dios nos asista! ¡Que estemos expuesto al asalto de cualquier insensato, nosotros, aquí, en la propia casa del rey!...

Entendí que la partida estaba ganada, aunque Prieto fuese español y yo americano. Operaba la solidaridad de estado.

Supe, pues, cómo organizar mi relato.

Precisaba dormir pero, por no dar viento a la murmuración, comí como de costumbre en la posada.

Me pusieron una sopa de mandioca y, ya que tanto daba eso como cualquier otra cosa para mi falta de hambre, la admití sin queja. Quedé con el estómago exento de sólidos y todos los humores del vino en la cabeza.

Renegué del oriental y me entregué al lecho.

Pero el oriental estaba decididamente contra mí: murió y vinieron a despertarme para comunicármelo.

También su muerte era semillero de molestias, porque me daba el cargo de las ceremonias y las previsiones legales, de conducirlo a la tumba y quizás, un día, por reclamos de lejanos deudos, sacarlo de la tierra, ponerlo sobre agua, en barco y mandarlo río abajo.

Me di consuelo calculando que antes ganaría mi traslado. Si bien conjeturé que el destino podría reírse de mí enviándome, en una misma nave, el nombramiento y un poder de los parientes del muerto para que les despachara el cadáver, en cuyo caso tendría que viajar, todavía, con el oriental, adicto a mí como pocos lo fueron nunca.

La muerte del oriental, descontada la violencia de las causas, se ajustaba a la mayor naturalidad; la muerte de un hombre era y es algo corriente. No me pareció lo mismo del mensaje que, con escasa diferencia, siguió a ese: Luciana mandó a una esclava a golpear la puerta de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, para enterarse del estado de mi salud, preocupada con la riña con Ventura Prieto, que le había sido participada.

Tuve un principio de alarma por el escaso recato de Luciana, por su facilidad para hacer público el interés que podía sentir por mí, y en principio resolví enrostrárselo.

Pero me ganó el orgullo de saberla tan seducida que no se cuidaba de riesgos.

Muy poco hice por el oriental. Apenas si le mandé un cura para que lo velase y comuniqué a las personas de la casa donde se hospedaba que al día siguiente haríamos inventario, con escribano, de las ropas y el dinero que quedaron.

No podía consagrarme de lleno a esas tareas inmediatamente porque me estorbarían, quitándome tiempo, la reunión con Luciana.

Es más, por no perturbarla ni afectar el espíritu dichoso que procuré imprimir al encuentro, no le dije que había muerto y, como preguntara por el curso de su enfermedad, le mentí que continuaba con los cólicos. Me aconsejó que le diese a tomar trece tragos de aguardiente. Comprendí que Luciana era muy ignorante, por lo menos en ciertas materias.

Sin embargo, desde que llegué de nuevo a ella adquirí otro compromiso de gratitud con su benevolencia, que me impedía juzgarla en cuestiones secundarias: me tributó el agasajo merecido por un héroe, a raíz de mi pelea de la mañana. Quiso revisar mi rostro, por si tenía alguna lastimadura que no hubiese advertido, y hasta presionó con las manos en la frente, para activar cualquier dolor aún callado, si es que lo había.

Lo tomé como un pretexto para posar sus manos en mi cara y la dejé hacer, sensibilizado hasta el desfallecimiento. No se le ocurrió que había sido golpeado en otras partes del cuerpo.

Después se sentó, a mayor distancia de mí que en la velada anterior, y mientras hablábamos del oriental y me prescribía el aguardiente, fue convirtiéndose en la señora que recibe una visita y me llamaba “Señor de Zama”, “Doctor” o “Don Diego”. Puse atención por si alguien estaba espíandonos y ella prescindía de intimidades para despistar; pero nada advertí de sospechoso.

Un rato, mantuve el tono que Luciana me imponía, pero al cabo se impuso mi necesidad de ella y quise apurar. Le dije algunas frases de viva devoción, mintiéndole una total consagración mental desde la noche precedente, cuando en verdad al recordarla, durante la jornada, estimé innecesario preocuparme demasiado por ella, porque se me aparecía en imágenes de sumisión y entrega que me dispensaban de mayores empeños.

Pero esa noche no era la Luciana sumisa y entregada que preví, sino Luciana a la defensiva.

Con habilidad eliminaba de sus respuestas lo que pudiese comprometerla de mis declaraciones amorosas hasta que, al fin, formuló una confesión desconcertante:

—Todos los hombres codician mi cuerpo. Honorio, mi propio esposo, vive fascinado por la carne. Yo lo desprecio y desprecio a todos los hombres por su amor de posesión.

Estaban planteadas las condiciones.

Calló un momento como extenuada por el esfuerzo y el coraje de hablar con esa claridad, y asimismo como dándome tiempo para recapacitar y pronunciarme.

Yo estaba enamorado de su cuerpo y hacia él tendía. Nada más me importaba de esa mujer iletrada, de rostro incapaz de sugerir impresiones amables. Pero ella despreciaba a quien pretendiera el amor de su cuerpo.

Era el fracaso de mis propósitos. No obstante, si Luciana me aceptó tan franca y prontamente, algo le había sugerido yo distinto de los demás hombres, de los que ella despreciaba. ¡Es que yo era el hombre virtuoso del discurso de don Godofredo Alijo!

Me adapté, pues, a esta fantasía, conformándome con sostenerla en ella para encubrir de elegancia una retirada que consideré cercana en el tiempo.

Me resultó simple tarea perorar sobre su virtud y su idealismo y terminé argumentando que mi espíritu anhelaba el hallazgo de una mujer de esa naturaleza, que me prodigara su amistad y un cariño tierno sin implicancias.

La vi muy halagada. Me insinuó que, si rendía méritos suficientes, podría hacerme acreedor de ese afecto. Me concedía dos puntos, cuando el día anterior me había acordado seis y prometido diez.

Al dejarla, anochecía. Me acompañó hasta la galería y llamó a un criado para que me llevase a la puerta.

Por la calle marchaba a los tropezones, meneando la campanilla, un sacristán soñoliento.

El criado le preguntó:

—¿Quién ha muerto?

Y el sacristán salmodió la respuesta de estilo:

—Un hijo de Dios: don Félix Ordóñez. Rogad por él.

Félix Ordóñez era el oriental. En pocos momentos, por boca del criado, lo sabría Luciana.

Con la desaparición del oriental, quedaba anulado el pretexto de mis visitas que Luciana podía hacer valer ante su esposo. Esta posibilidad me favorecía, porque me libraba de entrevistas ya sin objeto y con evidente riesgo. Por otra parte, nada habíamos convenido para el día siguiente ni para los demás. No teníamos compromiso de volver.

Tal vez me alegré de haber salido indemne de la aventura.

Como el oriental viajó tan rápidamente y no dejó indicación alguna, yo ignoraba cuál de las órdenes hubiera preferido, de modo que lo incorporé a la de mis inclinaciones, la mercedaria.

Cuando dejé a Luciana fui a la casa de duelo, y este era ya muy visible: la habitación velada, el canto de la cofradías alternado con rezos y un ambiente oprimente de murmullos que no me explico cómo era tan vasto, con tan pocas personas que pudiesen interesarse por el destino *post mortem* de aquel extranjero. El cura había organizado todo muy esmeradamente, sin duda sospechando que el oriental llegó a puerto bien provisto.

A tanto alcanzaba con su celo el sacerdote que prohibió encender fuego para la comida, como si realmente el muerto integrara la familia de los dueños de casa. Además, la escasa divulgación del óbito, por la tardía salida del sacristán, hizo que en toda la noche no llegase una olla de las que, en estos trances, suelen mandar las gentes de posición. Por lo cual, en la mañana, con sueño y fatiga de tanto velar, me torturaba el hambre.

El primer guiso fue envío de los Piñares de Luenga. Agradecí mi suerte, por haber inspirado algún apego a Luciana.

La criada de razón, una mestiza muy desenvuelta, hizo el protocolo verbal de las condolencias, excusó la ausencia de sus amos del velatorio y, con ejemplar reserva, me dijo que la señora me aguardaría después del sepelio.

Tal anuncio me irritó al instante, porque significaba complicarme en una reanudación de visitas que para mí serían ya puramente formalistas.

Por eso, tras haber entregado el ataúd del oriental a la tierra sombreada por el templo de la Merced, me tomé dos horas, consagradas al necesario reposo, antes de acudir al llamado de Luciana.

Quizá buscaba provocarla para que se molestase por mi tardanza y comenzara a creer menos en mi rectitud y cortesía.

En las ocasiones anteriores he de haber llevado el rostro ansioso; no esta otra vez, lo cual autorizó a Luciana a plantearme una duda: si ella no me hubiese hecho llamar, ¿yo la habría visitado?

Con esta pregunta me puso en descubierto tan hábilmente que me sofoqué alegando tal necesidad de su comprensión y compañía que hubiera realizado cualquier esfuerzo por verla, aunque algo poderoso se opusiese a ello.

Me respondió con una sonrisa vaga, que traslucía su incredulidad, y no admitió que siguiese justificándome.

Me tomó con preguntas sobre la muerte del oriental y los detalles de la ceremonia. Yo me reprochaba de un modo feroz haberme puesto tras aquella mujer que al fin de cuentas se permitía disponer de mi tiempo para una conversación tan conducente al hastío.

Debo pensar que fue solo táctica de ella para estudiarme y conocer mis reacciones. El oriental y los clavos de su ataúd le importaban como excipiente. Ella pondría la droga en el momento oportuno, con una pausa larga subrayada por esta palabra:

—Ingrato...

Un resorte. Me accionó poniéndome de un arranque a sus pies, rodilla en tierra y acariciándole la mano que había dejado sobre la falda, también besándosela, muy luego.

Los dedos de su mano libre se hundían en mi cabellera. Después condescendieron hasta la barba, comunicándole la extrema suavidad de su caricia.

Alcé la mirada a sus ojos, en interrogación y súplica.

Ella declaró, con aire de acatamiento a una hermosa pero temible fatalidad:

—Lo que tiene que ser, que sea.

Volcó la cabeza sobre el respaldo y yo entendí que se ofrecía al beso.

Fue prolongado y jugoso.

Cuando salimos de él, mientras yo aguardaba signos que me dijese hasta dónde podía avanzar, Luciana permanecía disuelta en un sueño.

Después, volviendo, me llamó:

—Amado...

Y cuando yo me inclinaba sobre ella para otro beso, su mano derecha se interpuso, con delicada pero inobjetable autoridad. La acaté, pues, y entonces me dijo:

—Ahora, vete.

Pude resignarme porque ya me sentía su dueño y nada costoso me resultaba permitirle esas dilaciones, conjeturablemente destinadas a adormecer sin brusquedad la virtud.

En la tarde siguiente estaba en el salón con una compleja tarea de bordado. Empleaba fragmentos de seda de múltiples colores. Por esto y a causa de que el género excedía en mucho al tamaño del bastidor, exigiendo que alguien lo sostuviese para que no anduviera por el suelo, junto a Luciana encontré a una mestiza.

No importaba su presencia razón suficiente para desanimarme de inmediato, pero sospeché una estudiada estrategia cuando, pasado un rato, otra criada comenzó a traer mate con periódica puntualidad. Sin duda, obedecía órdenes anteriores a mi llegada.

En la quinta o sexta vuelta de mate me declaré satisfecho, por alejar siquiera a una de las vigilantes; pero muy pronto regresó con una jarrita de licor que sirvió en copas diminutas. Como el contenido de cada copita era escaso, lo vacié muy pronto, por tres veces, hasta percibir que eso daba motivo a la criada para presentarse sin ser llamada a servirme de nuevo. Dejé intacta la última porción y, de tal modo, en algunas inspecciones más tuvo que persuadirse de que no precisaba su servicio.

Luciana meneó la cabeza, desarmada y complacida por mi tenacidad en procura de hacer más íntimo nuestro encuentro, y dispuso lo necesario para premiarme. Indicó a la mestiza que sostenía el género que lo tendiese sobre un sofá y de alguna remota pieza le trajera unas tijerillas especiales. Además, que al salir entornara la puerta y que de vuelta golpeará antes de entrar.

Entornada la puerta, Luciana y yo nos pusimos de pie en un solo impulso, yendo a la unión de los labios y a un abrazo con que nos estrujábamos el uno al otro. Esto no cesaba y para mí la sensación de contacto se extendía por todo el cuerpo como si no tuviésemos ropas. Un poco sofocados ya, desprendí mis labios y los hice conocer sus mejillas, su cuello, el nacimiento de su cabellera por detrás de las orejas...

Dos tenues llamados, con los nudillos sobre la madera, y fue necesario componerse la melena y la ropa.

La conversación se hizo de nuevo impersonal, por unos momentos más, hasta que Luciana me dijo, con indiferencia que ignoro si era simulada o efectiva, que su marido regresaría al día siguiente. Quise saber la hora, con la esperanza de que fuese muy tarde, de noche, y me quedara todavía una oportunidad; pero no. Había mandado un chasqui con aviso de que iba a pernoctar en un pueblo a media jornada de la ciudad, y emprendería la marcha de madrugada.

No pude digerir mi decepción, tan apabullante que Luciana hizo jugar una inofensiva sonrisa de burla. Pero ella era sabia, si no en otras materias, en la advertencia, la comunicación y el arte de apuntalar esperanzas. Sus labios se ordenaron en una risita tranquilizadora. Una inclinación de cabeza con ojos llenos de confianza en sí misma me anunciaron alguna astucia para no suspender nuestros encuentros.

¿Cuál era el sistema? ¿Haría posible que nos viéramos pero solo en presencia de terceros o a distancia prudente? Atajaba mi urgencia de saber la mestiza tranquila de los hilos de seda.

Mi último beso de aquel día fue de saludo, en la mano de la señora. Estábamos en la galería, ante su mandadera y el esclavo que me acompañaría hasta la puerta. Otros criados pasaban con fuentes para la cena. Junto a Luciana permanecía, repentinamente apegada a su ama como

si fuese un antiguo faldero, su asistente de bordado. Luciana le indicó que me saludase, como si entre yo y la mujercita hubiese nacido también algún vínculo de orden especial. La moza hizo una gentil ceremonia, quebrando la pierna e inclinando el busto, y emitió un chillido inexpresivo.

La guardiana, esa de quien todo el tiempo estuve temiendo que pudiese delatarnos si hablábamos sin prudencia, era muda.

Este otro ardid de Luciana para contenerme contrapesó mi orgullo de saberla dispuesta a misteriosos recursos para verme aun cuando su marido estuviese en la ciudad.

Si ya me lo anticipaba, sin consultar siquiera mi no descartable ingenio, es que ponía fe en algún medio en el cual, tal vez, era experta.

Toda mi disciplina para el rigor de la prescindencia de mujer no fuese extremo, se había quebrantado. Yo era el caballo sobre la raya y la orden de salida se difería.

Confié, sin embargo, en el dominio que podía ejercer sobre mí mismo, ejercitado por la espera larga ya de año y medio.

Quedaba el temor a los sueños, que son incontrolables, pero la fatiga acumulada me exigía cama.

No obstante, el único sueño aprehensible fue sedante: reiteró su llegada aquella joven solitaria y sonriente que venía a confiarse a mi amparo. De nuevo me resultaba inidentificable con Marta, Luciana, Rita o cualquier mujer conocida.

Configuraba un vaticinio agradable que repetido en pocos días, cobraba crédito de hacerse realidad. Lo deseé, fervorosamente, como un consuelo y un freno.

De igual forma que en la ocasión anterior, me permitió comenzar la mañana con sosiego y esperanzas.

Era día inactivo, por algún santo no muy festejado, y lo inicié con una cabalgata tierra adentro, de ida contemplativa y regocijada, de regreso empecinada en la velocidad, por el puro placer de andar vivamente, ponerse en tensión para guiar y no caer, sentir el ritmo del cuerpo conjugado con el compás del galope... Pero era también una prisa de llegar como si necesitara darme de nuevo con la gente.

Pasé por el puerto. No había noticias de barco del Plata. Y yo precisaba recibir algo, tener algo distinto, algo que me ocupase y tuviera relación

directa conmigo, cualquier cosa proveniente de un ser humano; aunque, de ningún modo, las acostumbradas relaciones vecinales y de funcionario.

Conduje el animal al pesebre.

La ciudad, mañanera y tenuemente festiva, entreabría ventanas e intercambiaba caminantes y carruajes de barrio a barrio y de iglesias a hogares.

En las calles, saludé a algunas señoras y doncellas que solía tratar por amistad o vinculación con sus respectivos hombres, esposos o padres.

De pronto, me lancé a la aventura.

Una desconocida dama de mantilla, escoltada por dos paldas, fijó su mirada en mí, a medida que nos aproximábamos de frente. Creí interesarle y, apartándome a un costado, le hice una reverencia que no contestó. Me vino la apetencia de ella —la apetencia de mujer— y quedé un momento a la expectativa de que se diese vuelta u ordenara hacerlo a una de sus criadas. Como esto no ocurrió, y sencillamente parecía dejarme atrás y yo no me resignaba a que desapareciera sin que se aclarase el porqué de su mirada insistente, tomé su camino resueltamente. Alguna criadita lo advirtió y la dama, avisada, apuró el paso, pero el mío era más ganador de espacio. Ella ya casi corría y yo también, aunque los dos sin perder compostura. Era una persecución violenta, destinada, bien lo veía, a un fracaso por cualquier motivo, más que ninguno al de mi escaso tacto. Pero no cejé hasta ponerme a unas varas de ella. Entonces salió al paso, de su hogar, calmosa e innegable, una nombrada familia con la que yo mantenía frecuentes contactos. Tuve que detenerme a saludar.

Después me interné por calles de diferentes rumbos, sin dar con la fugitiva.

Pero ya estaba lanzado.

Retorné a los lugares donde afluían mujeres devotas o visitadoras y saludé a todas las que no venían con guardia masculina. Si eran conocidas, buscaba en su expresión un indicio de disposición más que cortés; si no, alguna correspondencia a mi actitud ligeramente galante que me revelase a la mujer capaz de un desvío.

Estaba excitado y atento a los signos más sutiles, dispuesto a aferrarme a cualquiera de ellos y llevar adelante mi osadía hasta alguna victoria. Caminé, sudé; fui y volví una hora más. Después la población móvil fue raleando y se extinguió. Era ya tiempo de almorzar y también mi estómago reclamó por sus derechos.

Cuando me pusieron en la mesa el plato de queso y el jarro de vino calculé en cuántas mesas, en ese momento, una mujer comunicaba al marido su extrañeza por la atrevida conducta del asesor de gobierno. Había esparcido infructuosos recelos, de consecuencias que no podía prever.

Aun condenando mi desarreglo, lo sentía poderoso, reacio a toda brida, en la sangre anhelante. Debía contenerme, debía castigarme.

Recurrí al encierro en mi habitación. Pero no tenía sueño. Pensaba en los besos de Luciana y, aunque los reconocía culpables de mi estado, los imaginaba minuciosamente y podía reproducir las sensaciones que me recorrieron.

No me eché a las calles hasta el anochecer. En los alrededores de la plaza ese día hubo mercado y las vendedoras, mujeres libres o esclavas mandadas por sus amos, retiraban ya las canastillas de mandioca, pimientos, dulces, tabaco, café y otras mercancías que permanecieron colgadas sin conseguir quien las llevase.

Estuve unos momentos entretenido en verlas alzar su negocio, contar las moneditas, parlotear y despedirse de prisa, seguramente con lástima de que terminara un día para ellas tan ameno. Se retiraban en pequeños grupos, que en camino irían desgranándose.

Al pasar, una que marchaba con otras tres me miró con esa mirada que quiere decir: a este hombre querría yo, pero sé que es imposible.

No. No era imposible.

Las seguí a distancia. Notaron mi maniobra y se pusieron inquietas.

Dos quedaron en una casa de gente acomodada. Las otras dos siguieron hacia las rancherías. Una de ellas era la deseada.

En el límite de la piña circulaba la ronda. Si me escondía, con no ser ello de solución simple, daba a las mujeres pretexto para denunciarme.

Los soldados no molestaron a las mujeres. De sus ropas y canastas trascendía que regresaban del mercado.

Cuando se aproximaban a mí, acortaron el paso. El oficial me reconoció y no hubo necesidad de aclaraciones; por lo contrario, no me demoró en absoluto y me hizo algunas innecesarias zalamerías, que en diferente situación me habrían halagado.

Una mujer se introdujo en un rancho.

Para la otra quedaba camino: los últimos ranchos dispersos, las ruinas del hospital y después, tendidas, una y otra *coga*, chacra, con sus viviendas definidas con sus menguados resplandores de hogar.

Ya la noche estaba demasiado densa, pesado el cielo, con esa gravidez que precede a la diafanidad, cuando está por subir la luna. No podía distinguir a cuál de las mujeres seguía. No me importaba.

La noche estaba compacta, dura, y me comunicaba su energía. Delante iba una forma de mujer y era ya como tenerla, con una certidumbre que nada podía alterar. Mi cuerpo adivinaba el suyo.

¡Ya!, me dije, y al irme al tranco largo, para prenderla, subió por la noche el aullido agorero de un perro.

Lo condené como a hijo de Satanás y sin aflojar el tranco iba murmurando los insultos que ahuyentan las malas influencias.

En ese punto llegó la luna y mi alegría de sentirme más seguro, viendo donde pisaba, se ahogó en un instante. Una jauría silenciosa había olido presa en nosotros y se nos venía encima. Afloraba de las vecindades de las ruinas.

La mujer a veinte pasos se estancó.

Le grité: “¡Valor! Ahí voy”, y fui, espada en mano.

Pero los perros pasaron a su lado sin rozarla —la habían reconocido— y, enardecidos, lanzaron el asalto contra mí, el extraño. El primero vino tal impulso que no pude ensartarlo y se trepó por mi pecho hasta querer morderme la cara. Lo aparté con fuerza mediante un golpe del brazo libre y cayó de lomo. Le di un puntazo certero y rápido que lo anuló.

Mientras, me cercaban otros dos, y uno de ellos tiraba mordiscos a mis botas. Los malherí a mandobles. Quedaron agonizantes con aullidos de

dolor y rabia. Los otros se mantuvieron a distancia, ladrándome, hasta que los dispersé con embestidas y gritos.

La mujer se había refugiado entre las primeras ruinas. Acudí, limpiando la espada, fanfarrón y dominante.

Era ella y era joven.

Puso mi mismo ardor. Tuve, un momento, dieciocho años, la juventud perfecta.

Me senté en unos restos de adobones. Usé el yesquero y la primera luz me mostró sus pies descalzos y curtidos. Llevé la llama al rostro. Ella sonreía esperando. Yo consideré los rasgos, su nariz, su piel. Era sin duda nacida de madre negra y yo, tanto tiempo privado de las mulatas que por dinero... Pero de esta había tenido la aceptación voluntaria.

Me confortaba con este pensamiento, entre mis reflexiones, mientras descansábamos.

Pero ella me dijo:

—Su merced, si quiere seguir conmigo...

Yo estaba agradecido y satisfecho y me sentía complaciente. Por eso la escuché.

¡Me imponía ciertos requisitos! Debía llevarla de criada a mi casa y también a su madre y a sus hermanitos.

Empleé otra porción de paciencia, la suficiente para preguntarle:

—¿Y si no lo hago?

—No me verás más.

Fue enteramente categórica. Advirtió que no había sido el mío capricho de hombre blanco y se alzaba con su planteamiento de condiciones, tan dueña de dar como yo. Estábamos en un mismo plano; en ese momento ella lo sentía así y yo también. Pero yo era un hombre blanco y funcionario del rey: podía ofenderme. No obstante, estaba humillado.

Me puse de pie, sacudí mis ropas y, en silencio, emprendí el camino a la ciudad.

Aquel episodio excedía el derecho de enamorarme. En el amor del enamoramiento hay un requisito de encanto ideal.

Podía pensar de esta manera porque estaba momentáneamente aquietado, con respecto a algo. Aunque de pensarlo me venía congoja. Una seca congoja.

A unas cien varas, quise ver cómo nos distanciábamos, cada cual por su rumbo.

Me volví y me recibió de pleno la noche, que se había tornado apacible y tolerante. Estaba, quizás, cautivada.

Me pareció que saldría de la noche regresando a la ciudad.

Pero me costó desasirme de esta visión del vasto mundo para fijar atención en la huella y su trayecto hacia el horizonte. Nadie transitaba por ella. La joven debía de estar aún echada en el suelo, tal vez muy triste.

De día, posiblemente no lo hubiera hecho.

En la mañana evitaba dar con mi propia mirada: me peiné ante el espejo, sí, pero mirando hacia arriba, y después cuidé el paso por la barba asimismo sin verme los ojos.

No obstante, en cuanto estuve compuesto arrojé el peine y fui al espejo. Me miré a los ojos con desafío. Después, más calmo. Resistía mi propia mirada, pero consciente de que ante los ojos de Marta habría sentido necesidad de cortarme algo.

Vino barco.

No estaba yo, por aquel tiempo, pendiente de los cañonazos del puerto. Por eso, al escuchar el primero, con el sobresalto no atiné a discernir qué esperaba de la nave. Por un instante recordé que aguardaba a una joven en travesía desde el Plata a mi encuentro. ¿Marta?... No; no. Otra era, otra tenía que ser; pero tampoco aquella... integrada a la región de los sueños. Misiva de mi madre, de mi esposa, de mi cuñado debía esperar yo; un decreto con sello del rey merecía recibir de ese barco.

El segundo cañonazo sonó imperativo para mis urgencias; entonces me gobernaron confusos presentimientos.

Voy por carta, previne al secretario. De tal modo dejaba una respuesta al gobernador, si es que deseaba saber de mí, tan incumplidor de mis obligaciones en las semanas anteriores. Pero iba, de un modo excluyente, por el rostro de la viajera soñada.

Como no la descubría entre quienes asomaban por la borda, estuve yo en la nave antes de que los viajeros tocaran tierra. Me empujaba la necesidad de encontrarla y otra vez —tan pronto— no tenía sosiego, aunque iba tan solo enamorado. Enamorado, pero con qué vehemencia. Registraba con tal denuedo que un oficial, quizás obedeciendo órdenes del capitán, quiso detenerme. Apelé a mi autoridad; pero me contestó que a bordo no podía reconocerla, a menos que le explicase por qué me introducía de esa forma en las cabinas de pasajeros.

Lo hice, diciéndole que buscaba a una dama que venía del Plata. Me demandó su nombre y, claro está, no pude dárselo. Sí las señas; pero no había cargado ninguna mujer joven en toda la ruta.

Tuve conformidad para la falta de noticias de mi hogar, ya que, de no recibirlas buenas, nada podría haber hecho por remediar sus dificultades.

Trajo el bergantín un gran rollo con sellos del rey; aunque no para el asesor letrado, sino para el gobernador.

Pidió mi presencia en su despacho. En la mesa estaba desplegado el envío, con los sellos exteriores rotos y en el interior, uno muy grueso de lacre y oro con cintillas. Parecía esplendor entregando sus luces al rostro del gobernador.

Pero no me habló todavía del envío real, sino de mi caso, diciéndome que estaba al corriente de mis deseos, gestiones y merecimientos y con el anuncio, que antes nunca hizo entrever, de que pronto alguien de influencia podría ocuparse del ascenso y traslado apetecidos.

Sin darme tiempo a preguntarle por el benefactor, con un aire cada vez más acentuadamente bondadoso y siempre ocultando algo, me anticipó que, por de pronto, esa persona dispuesta a ayudarme daría solución a uno de mis problemas inmediatos.

Él —era él, naturalmente— había arreglado ya que no hubiera juicio contra Ventura Prieto, a cambio de que este saliera de prisión para trasladarse al barco y exiliarse. De tal modo, me evitaba todas las desagradables alternativas del proceso judicial.

El gobernador se mostraba radiante y sin duda creía que yo iría a doblarme en manifestaciones de gratitud. No atiné a hacerlas porque quedé meditabundo, con olvido de que me hallaba en audiencia: Ventura Prieto pagaba una ofuscación mía con el deshonor, un tajo en la mejilla, la cárcel, pérdida del puesto y salida del país. Cuanto podía argumentar yo para inculparlo era aversión hacia él y el hecho de que me preguntó si di con la curandera acompañada de un niño rubio, lo que de ningún modo, visto a distancia, significaba que él mandase a ese mozuelo a asaltar mi casa. Bien es cierto que esta no era su patria, pero aquí estaban sus intereses y por algo habría venido. Era demasiado perseguir así a un hombre; yo debía reconocer que, por mi enojo o precipitación, con fundamento o no, él se

había convertido en mi enemigo, de manera que los dos éramos muchos para una sola ciudad.

El gobernador procedió por su cuenta, sin consultarme, y como en realidad me había favorecido, yo no podía permanecer mudo después de saberlo. Pero no acerté a abrir la boca más que para preguntarle esto:

—¿Él ha elegido nuevo sitio de residencia?

Desconcertado, el gobernador, por mi sequedad y lo que él consideraría ingratitud, me contestó apenas que sí, que Santiago de Chile.

En consecuencia, Santiago de Chile se borraba como posibilidad de un puesto vecino a la tierra de mi esposa y mi madre.

Olvidé los sellos del rey que desde la mesa me fascinaron en la primera mitad de la entrevista. Le pregunté si le era necesario para algo más y, ante su respuesta negativa, pedí permiso para retirarme.

Tuve ante los ojos y no supe ver una providencia real que daba mayor rango y pasaba a la corte a mi gobernador. Él quería enterarme, después de haberme conmovido con su insinuación de favores, y yo debí afectar regocijo y prodigarle zalemas.

Perdí el abogado de mayor predicamento que pude tener en Madrid.

Soporté el enojo; pero de noche, en el lecho, prescindiendo ya de los reproches con que podía atormentarme, caí víctima de una desesperación de otro tipo.

Yo era un animal enfurecido, rabioso. Ignoro qué animal, solo sé que de cuatro patas y muy forzado. Necesitaba escapar y todo el obstáculo era una roca. La embestía y en cada embestida me partía más una herida en medio de la cara. Seguí embistiendo, cada vez más débil, más débil, más...

Era, después, un hombre, aunque siempre con la necesidad de superar cierta limitación. Nada tenía ya por delante, sino una extensión lisa donde estaban abolidas las necesidades. Solo debía avanzar y avanzar. Pero tenía miedo del final, porque, presumiblemente, no había final.

Me convenía, pues, salir de mí mismo.

Cargué mi caudal con ánimo de acrecerlo o quedar en cero en las carreras de caballos.

Fui muy temprano, a mediatarde. El sol estaba bruto y no se animaban al displayado más que los jinetes de cada prueba y los jueces. Aun estos se mudaban cada dos o tres corridas.

Nosotros, los apostadores, permanecíamos echados bajo los árboles exteriores del bosque. Como era función para hombres, solamente, el aguardiente no tenía límites de prudencia en su entrada por la garganta y muchos se despojaban de las ropas hasta quedar nada más que con la parte inferior cubierta.

Perdí dos veces, gané una; en otra carrera me abandonó lo recuperado.

Quise darme una tregua prudente y además pensé que malograba mis apuestas porque no veía bien los caballos, desde tan lejos, y era conveniente que esperara el descenso del sol. Al término de la tarde podía flanquearse la pista y resultaba más sencillo considerar las posibilidades.

Sin interés pecuniario en las partidas siguientes, me distraje en conversaciones, caminé cambiando de grupos y por último fui a tenderme bajo una palmera, algo aislado de los demás.

Cerca tenía únicamente a un ebrio, que dormía en el suelo, soplando hacia arriba. Yo lo conocía. Era un hombre de fortuna.

Observé la largada y el comienzo de otra carrera. Luego me adormecí y los párpados se me cerraron.

Dormí nada más que un momento, calculo, porque al abrir los ojos, repentinamente, los caballos volvían al trote del punto de llegada. Pero ese

momento de bochorno me resultaba tan evasivo que necesité confrontar la realidad presente con la que había vivido antes de dormirme.

Por eso procuré fijar la atención en todo lo que me rodeaba: al frente, las corridas de ensayo; yo mismo sentado haciendo respaldo en un tronco; allí los demás, acá el ebrio... Algo indefinible aún vivía entre las hierbas próximas a él, algo que avanzaba. Presentí que era una araña de gran tamaño y no pensé en el durmiente sino en mí. Juzgué que la distancia resultaba considerable para cualquier alimaña, por veloz que fuese, antes de que me alcanzara estando yo prevenido.

Luego la vi mejor, distinguí sus patas, largas y muy finas, que apenas doblaban las hojitas débiles del pasto. No sabía si las arañas de patas largas y finas son venenosas. Me dije que no.

La araña se adelantaba hacia el ebrio. Cuando están a un cuarto de vara pueden dar un salto y picar sin que un hombre despierto atine a defenderse si lo han sorprendido. No sentía deseos de moverme. Podía aplastarla con la bota. Postergué hasta el último momento.

Pero cuando se le acercaba a la cabeza quise ver si producía algo fuera de lo común: que el hombre despertara súbitamente, obedeciendo a no sé qué aviso, y la matara. No se despertó. En un instante, el bicho le caminaba por la cabellera. Yo no lo vi subir; lo vi arriba y me pareció que ya nada debía hacer.

Bajó por la frente, orilló la nariz y la boca extendiendo las patas por la mejilla derecha; pasó al cuello. Me dije: ahí pica. No picó. Largó una pata hacia arriba y se encaramó en la barbilla. Como el soplido del yacente le agitaba los pelos de la barba y esta subía y bajaba, supuse que la araña iba a considerarse atacada y picaría. Allá estaba ella, en sube y baja sobre la punta de los pelos.

Esa situación no podía durar. Terminó como menos lo imaginaba yo: el ebrio lanzó un manotón certero y la araña hizo por el aire más de una vara.

Creí que el hombre había despertado. Temí una increpación, por no haberlo defendido. Pero su brazo había retornado a la posición anterior y todo el cuerpo estaba fofo y en notorio goce del descanso. El soplido mantenía su potencia.

Me levanté para buscar el cadáver de la araña.

Había caído en un retazo de lisa arena roja. No estaba muerta, sí imposibilitada de desplazarse, porque la aventura le costó cuatro o cinco patas. La contemplé un momento. Después la destrocé con el tacón.

Hice un repaso del episodio: en ningún momento sentí emoción alguna, excepto cuando supuse que el hombre había despertado y lanzaría contra mí una justificada acusación.

Todo mi dinero pasó a otros bolsillos.

No podía permanecer sin recursos, ignorando como ignoraba cuándo llegaría mi paga.

Vendí el caballo a uno de los carreristas. En este país los caballos abundan y nunca tuve en mucho el mío. En consecuencia, mi precio fue modesto. Me pagaron más por la montura y demás arreos que por el animal.

Como no tenía en qué regresar y me abochornaba hacerlo caminando, aguardé la salida de algún carruaje de persona conocida.

Entretanto, hicieron correr mi caballo. Yo no sabía que lo pondrían en la pista y menos tan pronto.

Ganó.

Vi dos carreras más, ya de las buenas, las del atardecer. Estaba tentado de apostar y únicamente me sofrenaba pensando en que no me quedaría con qué pagar la fonda.

Entonces presentaron de nuevo mi caballo. Había probado ser rápido y seguro. Pero yo no le tenía suficiente confianza.

Ganó otra vez.

Fui a sentarme en una carreta, de espaldas a la pista.

Partió el barco.

A Ventura Prieto no se le permitió recoger ni sus muebles y ropas personalmente. Todo lo suyo fue trasladado a bordo sin su intervención. Él pasó de la prisión a la nave con custodia hasta el momento de soltar amarras.

Al día siguiente, un guardia de la cárcel solicitó que yo le otorgara audiencia.

Me picó la intriga, porque no podía dar en mi imaginación con un motivo válido. Brevemente me encogí con la sospecha de que Ventura Prieto hubiese hecho embarcar a un guardia con sus ropas y él, vestido de guardia, acudía entonces a vengarse.

Por demostrarme coraje, autoricé la entrada del visitante.

Era un carcelero esmirriado y sucio. Se disculpó con parquedad por su atrevimiento y me extendió un billetito.

Era de Ventura Prieto y rezaba: “Me avengo a partir porque no poseo suficiente indignación”.

A mí no me faltaba, tenía de sobra indignación por este confinamiento que sufría, sin ventajas ni escapatoria y enmascarado de brillo por la jerarquía de mis funciones.

Pero presentí que Ventura Prieto aludía a otra clase de indignación, la indignación por algo que no es justamente lo que nos afecta a nosotros mismos.

Pensaba en Ventura Prieto representándomelo como el propagandista de algo, si bien ignoraba de qué.

Yo estaba disconforme con mi conducta, aunque achacaba mis desórdenes a potencias interiores irreductibles y a un juego de factores externos inescrutables, invisiblemente montados para provocar mi turbación. Este cerco inductor, pensaba yo, en determinado momento me volcaba en actos no deseados, ocasionalmente seductores y capaces de transformarse, *a posteriori*, en algo repelente y abominable. Después de este razonamiento me tomaba la duda de que fuese algo meramente de orden moral y sospechaba que si yo hubiese sabido pronunciarme, escoger, antes, no en el momento mismo del acto tentador, sino en la etapa de sus orígenes, podría haberme salvado. Al llegar a este punto, también tachaba la reflexión formulada, convencido de que igualmente en el momento último se puede elegir.

Quise aventar causas, clausurándome.

Recuperé mi afición a las leyes. Me daban fruición todas aquellas que correspondían a las materias de mi preferencia en la Universidad y las nuevas —que por meses había acumulado sin leer— en las que la lógica se imponía párrafo a párrafo, de modo que, conociendo los dos o tres primeros, podía deducir el texto de los siguientes.

Tenía que prepararme para sobresalir en Buenos Aires. Perú seguía en la línea de mis aspiraciones; después, España.

Marta estaba presente en todos estos presupuestos. Marta estaba conmigo, con la antigua bonanza de nuestra vida en común, en esos días de estudio y concentración.

A veces me despegaba de las leyes y, sin apartarme de la banquetta, entraba en complejas asociaciones.

En cierta ocasión, la espada, pendiente de un clavo, me recordó el ataque de los perros. Pensé que era la única sangre que había empañado esa hoja, regalo de mi cuñado cuando embarqué en Buenos Aires. Me llamé mataperros.

Pero aquellos animales despanzurrados estaban para siempre ligados al encuentro en las ruinas del hospital... Lo apetecí. A pesar de mi encarrilamiento, deseé otra noche y otro vuelco semejantes. Aquel me apaciguó; mas un vaso de agua no sacia la sed de toda la vida.

Luciana se introdujo entonces en mi clausura.

En adelante, con harta frecuencia su recuerdo ponía en blanco las hojas escritas y cuando, en mi cama, me visitaba la memoria de sus besos jugosos, bruscamente tomaba los libros, para recuperarme.

No lo lograba.

Por desprenderme de esa tentación, nada hacía en procura de ver a Luciana. Permanecía a la pasiva, con la ansiedad de su llamado.

Quizás el orden que trascendía de mi nuevo modo de vivir, mi aparente corrección recuperada, indujeron a don Domingo Gallegos Moyano a darme participación en su mesa los días festivos. Era una costumbre, largo lapso abandonada, de los primeros tiempos de convivencia en su casa.

Yo disfrutaba de esas comidas de condimentos fuertes y esos dulces numerosos que solicitaban todo el quehacer de las señoritas, aparte de sus costuras. El mayor gusto venía de saberme en una mesa de familia.

Nunca más, desde el episodio del llanto, estuve cerca de Rita. La vecindad de nuestras sillas, en las comidas, obligó a un medido diálogo, en el que yo no advertía signos de aversión, sino una pena general que los demás, creo, no notaban.

Pero el mejor descubrimiento que me permitió aquella proximidad fue la aparición, en la piel de su frente, de los granitos de la virtud.

Padecían mis sentimientos de saberla doliente, ignorando si sufría por abandono del oficial Bermúdez o por sustracción voluntaria a su influencia, a causa de alguna actitud de arrepentimiento y entereza que ella hubiese adoptado.

Después de un almuerzo dominical la invité a caminar por el jardín. No me rechazó.

Era mayor que la mía su necesidad de revolver la llaga.

Sin mirarme, como contándose a sí misma, me hizo una confesión en la que su vergüenza cedía ante el valor de mostrarla.

Bermúdez era un individuo exigente y sin respeto, del que ella no podía —ni quería— desprenderse, no obstante haber descubierto su egoísmo y estar en duda sobre la naturaleza real de sus sentimientos.

Rita procuraba darme la sensación de que se torturaba por una duda teórica; pero no me conformó, ni ella, quizá, lograba guardarse para sí sola todas sus inquietudes sin salida. La forcé a completar aquella confesión que pretendía haber terminado.

El oficial Bermúdez estaba desamorado. Dejaba transcurrir semanas sin el menor intento de darse con ella, siquiera en la calle o a la salida de misa; mucho menos, claro está, mediante las furtivas escapadas nocturnas.

Rita me dijo esto crispada hasta el punto de la explosión, y luego con un lloro ahogado, herida y desesperada, se explicó con toda franqueza:

—Bermúdez no es hombre de vivir sin el amor de una mujer.

Rita adivinaba que había sido sustituida.

Mostré indignación y condené al infiel. Mientras procuraba calmar a Rita le ofrecí con sinceridad ayudarla a enderezar su vida, afrontando a Bermúdez, de ser necesario, para que volviese a ella y ya en franca petición de mano. De lo contrario, afirmé, lo abofetearía en público obligándolo al duelo.

Rita se espantó de mis planes, lanzados todos sin respiro y con vehemencia. Me imploró que no interviniera, que no causara daño a su hombre, que no hiciera pública su situación tan humillante. Lloraba y me rogaba tanto que me conmovió hasta humedecérseme los ojos de verla tan rendida a ese sujeto y tan celosa de que él pudiese seguir gozando en libertad de las correrías que le vinieran en ganas.

Rita se mostraba resignada con su infortunio y yo no podía menos que acatar su voluntad. Pero estaba pujante de bríos, y me dolió no responder a ellos en un acto inmediato que diera fe nuevamente de mi carácter retador y de la fuerza de mi brazo.

No obstante, en medio de esta fiesta de hombría que yo me daba, cuando le prometí a Rita no proceder, se filtró en mi espíritu esa tranquilidad que produce el ser eximido de una obligación peligrosa.

Algo más poderoso y de más directo interés me sustrajo muy pronto de mi preocupación por Rita, de modo que en adelante con ella mantuve un trato, si más frecuente, no tan íntimo como el de aquella siesta de domingo.

Afecté no querer perturbarla con indagaciones constantes sobre el desenvolvimiento de sus conflictos y dejé que lo soportara sin posibilidad de aquel mínimo respiro que le daba su comunicación conmigo.

Luciana se presentó en mi despacho.

Nada me había advertido previamente. Todo el aviso que tuve fue el pedido de audiencia cuando ella estaba en la antesala.

Allí dejó a su criada y entró sola.

La esperé tras la puerta y la cerqué con mis brazos, besándola con pasión, turbado, sin control, por el regalo de su presencia y su atrevimiento de ir a visitarme.

Correspondió con cariño a mis abrazos pero, más precavida que yo, hizo que todo cobrase la apariencia de una audiencia normal.

Sentado a mi mesa, pero engolosinado contemplándola, escuche la exposición de su ardid.

La mestiza que en mi presencia la ayudó a sostener la tela del bordado era libre. Con el ánimo de que también lo fueran sus hijos, procuraba casarse con ella un arriero de la hacienda de Piñares. Su ansia de libertad no percibía obstáculos. En su primera juventud tenía otro amo, un tabacalero. Por sustraerse de él, se lanzó al río para llegar al Chaco. Quería reunirse con los guaycurúes, no obstante saberlos salvajes. Pero la gente de su señor le dio caza y en castigo, a fin de que no pudiera fugarse nunca más, le abrió la

planta de los pies y le untó los tajos con el zumo de una planta venenosa que le dejó una constante corrosión, impidiéndole caminar con normalidad.

Luciana y el marido prestaban su consentimiento para el matrimonio del arriero, que nada de infrecuente tenía, pero a ella se le había ocurrido plantear la siguiente duda: si la mestiza libre era muda, ¿se reconocería la validez de su asentimiento? Piñares no acertó a resolverlo y entonces ella dijo que era necesario formular la consulta al asesor letrado del gobierno. El marido se fastidió y dijo que si a tantas complicaciones daría lugar el casamiento, él se oponía. Pero Luciana insistió hasta conseguir que sostuviera su consentimiento y que la autorizara a visitarme para saber si había impedimento o no de parte de la inválida.

Yo la miraba embobado por ese despliegue de recursos, con cierto asombro de que se complaciera en jugar de tal modo con el respeto debido a su esposo hasta en los aspectos formales. Porque ¿cómo aceptaba él que Luciana intentara inclinarlo a entenderse conmigo? ¿Cómo permitía que su mujer me visitara sola después de haberme juzgado un “asqueroso mirón” porque la vi a ella en el baño del río?

Me abstuve, sin embargo, de preguntarle por qué motivo le daba participación a su esposo en actos que obligadamente llevarían mi nombre a su pensamiento. Esta manera de organizar las cosas me resultaba desagradable; ponía a Luciana en desconcepto y a mí en temor de riesgos.

Sin necesidad de consultar libros, expuse con soltura sobre las incapacidades y le procuré el remedio legal.

Luciana seguía mi palabra con satisfacción que me devolvía como un espejo la imagen de un Zama jurista eminente. Al finalizar achicó los ojos y me dijo:

—Mereces un beso.

Pero no se movió del asiento ni me llamó junto a ella.

Tendría el beso merecido, pero no ahí, sino en su casa, esa noche. Esta fue la promesa.

Honorio Piñares era de dormir ruidoso y Luciana sensible al ruido, que le causaba un dolor que tomaba nada más que la parte derecha de la cabeza, aunque con intensidad extrema. El marido le permitía ocupar otro

dormitorio; pero no en los primeros días de su regreso de la hacienda, por comprensibles motivos, a los que Luciana, naturalmente, no hizo referencia.

Esa noche estaría en el segundo dormitorio, distante del otro todo lo ancho de la casa, por hallarse en la galería opuesta, y más, porque estaba en el piso alto. Pasada medianoche, yo debía escurrirme por una calleja vecina y ella me daría aviso del momento oportuno con la luz de una vela en su ventana. Entonces me franquearía la puerta de entrada una esclava en la que Luciana depositaba fe.

Excesiva maquinación para un beso, me dije, y entreví recompensas mayores.

Esa noche, la Luna se regocijaba de mostrar todas sus luces, ajena a mi conveniencia.

Tomé reparo en la vecindad más inmediata de una casa abandonada, sin puertas ni techo, único disimulo viable en el sector norte de la casa de Luciana, por estar sin beneficio de construcción todo ese sitio. Al sur, sí, alineándose con el hogar de los Piñares había dos o tres viviendas más y también por los fondos de estas últimas. Pero la que a mí me interesaba quedaba como prominente y al descubierto.

Permanecí a la espera de la señal petrificado de tanta fijeza para mirar sin descuidos. Pero nada desatendía del ambiente en torno y estaba atento a cualquier ruido o sombra delatora de asechanza.

Percibí la ronda a distancia. Enfiló tan justamente hacia donde yo me escondía que entre dientes le solté un insulto.

Tuve que retroceder a la casa semiderruida y, por meterme en el rincón más oscuro, en mis barbas se enredaron pegajosas telarañas. Usé las manos, escupí: se adherían a mis labios.

Pasó el pelotón de soldados.

Como si se hubiera desprendido de él, estaba allí un individuo de capa con el cuello rígido por dirigir la mirada hacia arriba, hacia la ventana de Luciana.

Reparó en mí, por el rumor que, pisando cascotes, causé al salir. Quedamos tiesos, cada uno clavado en el sitio donde nos hallábamos al

descubrimos recíprocamente. Pero esto fue solo un instante, pues a continuación, como de acuerdo, echamos mano al pomo, que ahí se quedó, prevenido, mientras nos considerábamos.

Los sombreros aludos metían en sombra el rostro, por la luna tan justamente encima de nosotros, e impedían la identificación, por más que nos esforzáramos. De mi parte, puse todo el empeño posible. Pero sin acercarnos más, los ojos se gastaban en un esfuerzo vano.

No obstante, me resultaba muy evidente que se trataba de un caballero, por la espada y el atuendo, que incluía pluma en el sombrero. No era ciertamente un bandido, ni yo podía darle a él impresión de tal.

Debía de ser, como yo, un aficionado a Luciana, tal vez su amante.

No me importaba quién fuese ni quería nada con él: ni aclaración verbal, ni lucha, ni saludo.

Resolví tomar calle abajo, dando la espalda al rival nocturno y a la ofertadora de besos. Vacilé un instante pensando que tal vez él tomaría mi movimiento, después de tanta inmovilidad, como un amago de ataque, y en este caso me vería precisado de ofrecerle contienda.

Pero no me resultaba posible permanecer haciendo pie, ya con dificultades de equilibrio, sobre los irregulares restos de adobe.

Mandé una mirada última a la ventanilla.

Él, que había estado pendiente de mis gestos, siguió el rumbo que daba mi cabeza y pareció comprender. Entonces volcó el rostro, levantó dos dedos a la altura del sombrero, como si me hiciera un saludo de camaradas, se volvió y lo vi alejarse hacia las calles del puerto.

Renunciaba a Luciana, en un gesto que era de desprecio hacia ella, no de cejar ante mí.

Yo también podía hacerlo. Necesité decírselo al desconocido. Tuve ganas de gritar, llamándolo, para que fuésemos a beber juntos. No lo hice.

Al alejarme, procuré hacer sonar los tacones contra el suelo, para que Luciana supiera que le volvía la espalda. Pero la maldita arena indiferente apagaba todo sonido.

Quedé despechado y rabioso.

Aunque un evidente gentilhomme, mi rival, yo había sido igualado con él como objeto de burla. Esto, si Luciana quiso causarnos desengaño,

provocando un encuentro que nos pusiera en ridículo, el uno frente al otro.

Preferí aborrecerla y darle los más denigrantes insultos, suponiendo que el convocado para esa noche era yo y que el otro concurrió únicamente por hábito que antes le hubiese rendido provecho.

Dos días después recibí en mi oficina un billetito. Estaba escrito, con abundantes errores de construcción y ortografía, lo que en discreto castellano puede ponerse así: «Honorio se fue por un mes a la estancia. Te espero hoy, a las 6 p. m. Por si estás ofendido y te resistes a venir, quiero que pienses entretanto sobre esto: ¿Tú crees que yo abriría mi alcoba a un hombre que no sea mi esposo?».

¡Mujer de asombro! ¿Quería decir, entonces, con su papelillo, que esa noche no se propuso hacerme señal alguna ni menos permitirme el acceso a su casa? ¿Eso significaba que mintió para probar el acatamiento que yo tuviese de su virtud?

Pero ¿cómo podía pretender correrme con su honestidad si me permitía besarla y ella misma me besaba con furia? ¿No es honesto besarse con todo el cuerpo y sí lo es besarse con los labios? Tal vez, me dije, sea así. Y, reconociéndolo, hallé tranquilidad y disculpa frente a la remota posibilidad de que alguna vez tuviese que responder a las acusaciones de mi esposa.

Me recibió compradora, sin palabras, con un beso que no le pedí y que ella tenía servido en la boca como primera ofrenda.

En una mesita estaban preparados licores y confituras. En las brasas pifiaba la pavita, y la calabaza y la yerba se hallaban dispuestas. Todo eso constituía advertencia de que no iba a interferir ninguna criada.

No censuré sus artimañas. No le pregunté la razón de que estuviese allí ese desconocido, mirando hacia su ventana. No discutí su virtud ni me excusé de haberla supuesto inexistente al aceptar su mentida oferta de incursión nocturna.

No pude hablar, no me dejó. Me llenaba la boca de dulces, de confituras y de besos. No sirvió el mate, seguramente porque es despacioso y propicio al diálogo.

Recogida entre mis brazos, al fin, como reponiéndose del agotamiento de tanta pasión entregada a través de los labios, me los brindó de nuevo, llamándome “Esposo, esposo mío...”.

¡Esposo!, me llamaba. Esposo mío, había dicho, y ella solo abriría su alcoba...

Pero, con cariños de adormecedora ternura, se fue desprendiendo de mí. Aproximó la boca a mi oreja y cuando creí que me haría objeto de otro raro mimo, me preguntó:

—¿Vendrás mañana?

Sus palabras marcaron como un regreso. No eran de mi gusto, en ese momento, las voces, y hablar yo mismo se me antojaba una empresa que requería algo así como un desprendimiento y, también, cierto ejercicio momentáneamente olvidado. Sin embargo, la interrogación se sostenía en sus ojos: ¿Vendrás mañana?

Conteste que sí.

Debía haber dicho no, y quedarme.

En la tarde inmediata, al trasponer la puerta me di con espectáculo inesperado: todos los muebles de la sala y del comedor estaban apilados en la galería. Los dos cuartos se hallaban en proceso de pintura, nada más que esos dos, en todo el sector de la casa visible para mí. La sala y el comedor eran los únicos recintos donde un visitante que no fuese miembro de la familia podía tener acceso.

Luciana me aguardaba en el jardín.

Conversamos y bebimos mate sentados en un banco de madera. Me explicó el significado de las figuras talladas en el respaldo. Dije que ese

mate me agradaba. Sin sospechar el alcance de mi declaración, le procuré oportunidad para que hablase de los yerbales de su marido y de la manera de beneficiar la yerba que él aplicaba, y como el punto se prestaba lo asoció a las características generales y los detalles más menudos de la estancia, describiéndolos circunstancialmente.

Ese día rocé su piel solo con un beso en la mano, al despedirme.

La pintura de los dos cuartos duraba infinitamente más de lo normal, días y días. Como me quejé de esta singularidad, Luciana, que seguía atendiéndome en el jardín, me explicó que, después de hacerlas enjalbegar, se enteró de que no entran moscas donde hay muros interiormente pintados de azul. Por lo tanto, aguardaba a que secase bien la pintura blanca para hacerle dar una mano de cielo.

Con una resolución que le mostré no lograría contrarrestar, le dije, pausadamente, para que le penetrase bien el sentido de mi advertencia:

—Esta noche volveré a esta casa.

Ella me escrutó los ojos, tranquila, y preguntó:

—¿Quién abrirá la puerta?

—Soy capaz de armar alboroto. Ya lo verás.

Quiso distraerme, anunciándome que dos días más tarde tendríamos de nuevo nuestras íntimas tertulias en el salón.

Irritado, me puse de pie, repitiéndole el anuncio, en un susurro que hice penetrante como un cuchillo:

—Esta noche vendré.

Me conminó:

—No lo hagas.

Se puso severa, repentinamente, y no sé si también disgustada.

A medianoche, la hora que de algún modo podía estar en sus cálculos, puesto que ella la dijo una vez, pasé por la calleja.

Su ventana, como todas las ventanas altas, era a distancia una sola plancha de madera, sin la menor abertura que trascendiera la luz de una señal y un estímulo.

Tanteé la puerta de calle. Era de hierro, de tan bien asegurada.

Me instalé al pie de la casa en ruinas y no podía siquiera permanecer en espera tranquila, porque los perros ladraban confusamente, como dando señales dirigidas contra mí.

No me atormentaba un resultado previsto desde la tarde. Pero procedía por testarudez y por mostrarle que estaba resuelto a una actitud enérgica y decisiva. Puesto que le había anticipado que armaría alboroto, quise ser fiel a mi palabra. Busqué una piedra de considerable tamaño y, haciendo con paciencia todos los ensayos previos, habida cuenta de peso del proyectil, impulso de mi brazo y distancia a recorrer, la arrojé con absoluta precisión. Dio en la ventana, sin romper nada pero haciendo un resonante choque, y rebotó hacia tierra.

Pero a nadie, ni en la casa ni en las vecindades, pareció importarle.
Me fui.

Dejé un día en claro, con la pretensión de hacer patente a Luciana mi disgusto, y suscitar su llamado.

Como las horas de la mañana se entregaron al pasado sin mejorar las perspectivas del futuro, a mediodía pregunté si por descuido en la gobernación habían omitido pasarme algún recado. Tampoco en casa de mi huésped apareció papel o persona alentadora y, claro está, cejé, porque al hombre no le va mal hacerlo si es ante una mujer.

Hice retumbar la puerta de Luciana, con aires de “aquí estoy yo”, sobre la hora de mis costumbres.

Con formalidad asimismo de hábito aceptado, el *cunumí* me pidió que aguardase en la calle a que avisara a su ama.

Después vino y me anunció que ella no podía recibirme.

Se me ocurrió que, de reconocerme en la calle, cualquier persona podría ver, en mis narices, puertas.

Acudí a la taberna.

Estaba espesa de parroquianos y de humo, por ser hora de aguardiente y vinos puros.

Tomé banco junto a la mesa más rala, donde tres ancianos bebían en silencio y ablandaban, con las encías casi desdentadas, tajaditas finas de matambre. Uno era legañoso. Otro, a mi lado, transpiraba como si se hallase bajo el sol. De la cabellera, resbalando por las sienas, o de la frente, recorriendo los surcos horizontales hasta caer por la patilla, se le extendían intermitentes chorritos de sudor, que luego bajaban por la escasa barbita hasta el cuello, donde se perdían, con rumbo al interior de la ropa, en hondas depresiones formadas por la piel arrugada. Cuando no era chorrito, sino una gota, lo que se deslizaba, quizá por su forma convexa, actuaba como una lente, y en su tránsito me hacía ver, atrozmente aumentados, ora un pelo, ora un puntillo negro, ora el rojo de una irritación del cuero. En cierta zona, al cabo del paso de tres o cuatro gotas, reconocí en detalle la costrita negra del que nunca se lava la cara. Con la lente líquida y corrediza que le daba tamaño, parecía moverse hacia afuera, como por salirse.

Como si mi estómago la hubiese visto, se puso agitado, convulso, y súbitamente, en protesta, me devolvió algo, que me forzó a salir corriendo a la calle, mano en boca, por no ensuciar la mesa.

Punteó la risa —sonido— en no sé cuáles imprecisos sectores del bodegón.

El ridículo seguía llevándome a empujones.

Otra tarde, cuando terminaba ya el turno de un sol de esos que se van adentro del cuerpo, merodeé, irresoluto, haciendo ante la puerta de Luciana paseos extendidos que iba acortando en la ida y vuelta.

Más vale, aducía como pretexto, aguardar la noche, cuando no pueda mandarme al jardín, si me recibe.

Otro rodeo y ahí estaba yo, llegando, cuando la puerta dio los ruidos de hoja adentro y franqueó camino a un hombre.

Piñares. Me vino el nombre en el sobresalto.

Pero no: Bermúdez. Bermúdez de la cabeza a los pies.

Y Bermúdez no era varón de conformarse con el amor virtuoso.

En el recinto materno, yo estaba encogido, con las rodillas a la altura de la boca, incómodo por la espada y por el sombrero que no se avenían a una posición estable en el limitado y movedizo sitio. La espera me resultaba soportable porque poco me faltaba para nacer. Cuando el momento debido se produjo y eran tales las convulsiones que yo me deslizaba de espaldas hacia fuera, un individuo de reluciente casco de acero, aparecido de no sé dónde, se adelantó por el túnel hacia la luz. Se quietaron las paredes interiores del recinto y yo tuve que permanecer comprimido hasta que se produjera una nueva oportunidad.

Yo, vestido de fiesta, todo de paño verde y bordados de oro, era invitado de honor a la función. La multitud espléndida acudía bulliciosa a la puerta, donde desaparecía sin que emitiese ya sonido alguno. Al trasponer esa puerta, mi anfitrión, que me llevaba cordialísimamente del brazo, extinguió su presencia. Entré. Estaba solo ante las ruinas de antiguos palcos, de un escenario con los bastidores, bambalinas y paños caídos bajo una lenta acumulación de polvo. Una noche cerrada de silencio. Al fondo, el telón decorativo, bajo una muerta claridad lunar, representaba una batalla inmóvil. Esas pintadas figuras de caballeros y de bestias acentuaban mi soledad. No quería verlas ni podía irme. Pero eran irresistibles. Torné a mirarlas y entonces se desprendió un jinete, un jinete de casco reluciente, que al galope de su cabalgadura atravesó el teatro suscitando una tormenta de ruidos. Al pasar, me cubrió de tierra.

Pero nunca, en la realidad, lograba considerar a Bermúdez como algo consistente. Si cobró bulto en la puerta de Luciana, pasó de sujeto a objeto antes de dejar de verlo. A mi juicio, constituía, simplemente, un objeto de amor de Luciana.

En la gobernación me esforzaba por aislarlo de los papeles y los muebles, mejor dicho, del aparato oficinesco, y no era posible. Cuando dirigía a él los ojos o el pensamiento no me servía más que para una noción: el capaz de ser amado.

Y esto solo para que la idea fuese a chocar contra él y retornara a mí con las formas de la comparación: yo no.

Podía resignarme, sin embargo, a una de las posibilidades de desmentida: yo obtuve el amor completo y probado de mi esposa. Retenía su fe y su cariño.

Únicamente Marta, miel amorosa, podía ser la viajera del Plata.

Demoré aún en saberlo dos meses, en que anduve despegado hasta del deseo de recibir sus noticias. Nadie, nada me solicitaba, excepto la comida, que pedía más copiosa desde que no disponía de medios para pagarla. Estaba siempre con hambre y el mesonero se regocijaba de ello, provocando mi gula.

Un bergantín airoso, que de presencia no más proclamaba buenas noticias, trajo epístola de Marta. No se quejaba ya, al corriente de mis penurias económicas, y me ofrecía vender nuestra casa y huerta para mandarme dinero. “Lo primero, tu carrera, Diego”, decía.

Húmedos los ojos de gratitud y renacida ternura, besé aquel papel donde se había posado la generosa mano.

Por aquel bergantín llegó caudal suficiente para la última paga del gobernador y la mía de diez meses.

En mi cuarto y a puerta cerrada, distribuí las monedas sobre la mesa y abrí caminos entre ellas. Cada sector aislado representaba el pago de una deuda. Del sobrante hice dos partes iguales: una para Marta; la otra, en reserva, para mi caja de latón.

La suma destinada a mi hogar era de casi dos mil pesos. Hecha la cuenta, le sustraje cien pesos para comprar un caballo regiamente empavesado de arneses. Pero me arrepentí. Los cien pesos quedaron de Marta y tomé ochenta, para una adquisición más modesta, de la caja de latón.

El gobernador se despidió con la fiesta del patrono, San Blas. En la víspera, dio un baile para la gente principal.

Yo me creía aguerrido para el encuentro con Luciana. Estaba templado por la comprensión y el sacrificio de Marta; me sentía solo a ella debido y capaz de exigirme los mayores rigores para sostener esa actitud.

Pero Luciana no participó del baile. Los propósitos de despreocuparme de ella quedaban postergados, me dije, hasta saber del motivo.

Estaba postrada por los penetrantes dolores de cabeza.

Como su mal se presentaba en forma aislada, un día entre muchos, supuse, ya con deseos de verla, que estaría en la jornada de San Blas.

No acudió a misa.

En el banquete de almuerzo, el asiento inmediato al de Honorio Piñares estuvo vacío.

La fiesta popular de la tarde, en la plaza, se daría con estrado para las autoridades y su orbe oficial. Anhelaba ya tanto verla como que me viese, muy próximos los dos, entre el haber distinguido de aquella colectividad, con infinitas ocasiones de intercambiar miradas, observaciones, ocurrencias.

Piñares se comportó como seguramente no lo hubiera hecho de tener en el estrado el control de la esposa. Durante las carreras de caballos fue del sector privilegiado al popular y volvió de él cruzando apuestas con comerciantes y militares subalternos. Yo no lo descuidaba para hallar motivos de odiarlo y despreciarlo. No me dio muchos, en verdad.

El baile popular, que siguió a las carreras, representaba la parte más tediosa del programa para la gente del estrado, pues debía limitarse a mirar. Sin embargo, nadie se retiraba, por protocolo y asimismo en razón de que al cabo del baile se encendían fuegos de artificio.

Entonces, desde lejos, observamos que las cabezas de unos se doblaban hacia la oreja de otros, y así la multitud se vio como un trigal recorrido poco a poco por el viento.

Un soldado se abrió paso hasta su oficial, que estaba en el estrado, y el oficial dio traslado en voz baja al jefe de regimiento. El jefe de regimiento habló al gobernador pese a las personas que estaban a su alrededor. De ahí, la noticia refluyó, esparciéndose ya desde dos fuentes: el pueblo al extremo de la plaza, y la principal autoridad, desde los sitios de honor.

Mientras la población se concentró en la fiesta, dejando la ciudad hueca, Rita Gallegos Moyano había sido golpeada y despojada de todas sus ropas, hasta de las prendas más pegadas al cuerpo.

La encontró, agazapada en una zanja, una indígena. Rita le rogó que le facilitara con qué cubrirse, pero la nativa, menesterosa, no disponía más que del trapo que llevaba encima. Sin embargo, se avino a buscarle una sábana o cualquier otro género que resultara suficientemente útil.

Golpeó varias puertas, pero los vecinos estaban en la plaza. Dio por fin donde quedaba una vieja criada. Pero esta nada aceptó facilitarle sin autorización de sus amos, indudablemente por desconfianza, ya que el pedido venía de una indígena. Quiso comprobar el caso por sus propios ojos. Guiada por la poco apurada intermediaria, fue hasta la zanja, constató que se trataba de una mujer blanca enteramente en cueros y, aunque nada respondió a los requerimientos de ayuda de la desdichada, procuró hacer lo que su entendimiento y honestidad le permitían.

Acudió a la plaza, buscó a sus amos hasta dar con ellos y les pidió permiso para disponer de una sábana. Lo insólito de la solicitud motivó que la señora reclamara mayores explicaciones, que la criada no tuvo reparo en darle con toda su voz, a fin de hacerse oír en medio del bullicio.

Aquella familia ayudó a la joven blanca desconocida, conduciéndola a su hogar; pero la perjudicó al no cuidarse de callar el suceso, que trascendió deshonrosamente apenas Rita fue puesta en cama por las criadas que habían quedado en la casa.

La primera curiosidad, que nació en un sector de la multitud a raíz del informe voceado de la criada, se encontró con la corriente de información posterior, y de este modo tuvo confirmación y se expandió con aditamento de la imaginación y el mal juicio.

No escuché todo el relato, que averiguaría después, de interesarme, y solo pedí a mi informante que me dijese dónde estaba Rita y si había sido malherida. Renacía por ella mi afecto fraternal, con la exigencia de acudir sin tardanza a su lado.

Buscar el caballo me habría resultado engorroso y lerdo. Corrí por las calles y observé que otras personas, de distinta condición, procedían de igual manera.

Ante la casa de mi huésped se hallaba reunida multitud de curiosos, atentos a un espectáculo que seguramente no tendría lugar, pero de todos modos satisfechos con hallarse más cerca de quien había sido víctima del infame episodio.

Me abrí paso y murmuré entre dientes: “¡Carroña!”.

Solo por mi insistencia en golpear se me abrió la puerta.

Don Domingo se hallaba en la galería, asistido por sus tres hijas, todas quebradas en llanto, mientras las mulatas y negras les hacían coro de lamentaciones. El anciano imprecaba al cielo por su deshonor y alzaba los brazos en protesta de venganza.

Creí que Rita había muerto.

Pero no. Es que aumentaba la desesperación de su padre negándose a abrir la puerta, que tenía atrancada, y no aceptando ni ante las más terribles amenazas confesar quién era su ofensor.

La alteración cundía extremadamente y, juzgando que contribuía a su crecimiento tanta lamentación de las siervas, quise proceder con la energía que el anciano no acertaba a emplear y me puse a alejarlas a grito vivo.

Por esto ha de haber advertido mi presencia Rita, quien se hizo escuchar desde el interior de su habitación anunciando que a mí me recibiría.

El padre quiso introducirse conmigo, pero no se lo permití, instándolo con razones y hasta con la fuerza de mis brazos a que me permitiese poner a su hija en una más razonable actitud.

La habitación estaba en semipenumbra. Me costó distinguir a la joven, en el primer momento, y antes de que pudiese comprender sus propósitos,

ella había echado de nuevo la tranca y estaba a mis pies implorando: “¡Venganza, venganza! ¡Vengadme, don Diego!”.

Era más de lo que pude prever. Esa humillación, esa desgarrada súplica me doblaron, falseando mis rodillas y tumbándome al suelo.

Allí los dos, el cuerpo del uno junto al del otro, por un instante sentimos la aproximación de nuestro calor y nos abrazamos para dar suelta a nuestra congoja. Yo lloraba por mis desilusiones, mis traiciones y, en último término, por la desgracia de aquella mujer que me asistía en medio de su quebranto.

Nos recobramos, al fin.

Sentados en el borde de su lecho, entre sollozos me hizo escuchar su historia. Había asediado a Bermúdez sin conseguir ocasión para enrostrarle sus reproches. Aprovechando la confusión de la fiesta, se aproximó a él y le exigió que caminaran hasta un lugar apartado para ventilar sus cuestiones. En una callejuela abandonada discutieron y él se manifestó resuelto a un distanciamiento definitivo. Le volvió la espalda y ella lo persiguió unos pasos golpeándole el lomo con sus débiles puños. Entonces le quitó el puñal de la cintura, dispuesta a matarlo; pero Bermúdez no le dio tiempo ni a alzar el arma. Le torció la muñeca y la volteó por tierra, donde la estropeó a puntapiés. Después la desnudó.

Al llegar a este punto, Rita no se contuvo más y tornó a clamar por venganza.

Yo vacilaba, sin responderle, y tratando de tranquilizarla, ya no por falta de coraje, sino con el súbito temor de que se pensase que algún vínculo secreto entre Rita y yo me impulsaba a tomar su defensa. Intentaba explicárselo, cuando ella, interpretando mi silencio por negativa, procuró persuadirme de esta ominosa manera:

—Os lo ruego, don Diego. No hagáis que muera mi padre a manos de ese infame. Arriesgad vuestra vida, que vale menos, por el buen nombre de una mujer.

Una agujeta al rojo vivo, muy adentro, muy adentro.

Me erguí. Ese, no el de antes, era el momento de llorar. Pero demandé serenidad a mi pensamiento, firmeza a mis actitudes.

Rita había callado, repentinamente. Todavía no veía brotar la sangre, no sabía cuán ancho y hondo había herido.

Avancé hasta la puerta y entonces ella tomó conciencia de su insulto. Me gritaba “Perdón, perdón”, tratando de obstaculizar mi mano, para que no apartase la tranca. Pero apenas me costó zafarme de sus manoteos.

Un golpe de luz me dio en todo el cuerpo y ella quedó entre sus sombras.

El padre había cesado en su gesticulación. Esperaba mi pronunciamiento, fuese consuelo o incitación a cualquier brutal empresa de honor y represión.

Le informé:

—Nada me ha dicho. Nada sabe o recuerda.

—¿Cómo? ¿Cómo?...

El anciano, que todo lo esperaba de mí y de esa entrevista, no entendía aún mi negativa a ayudarlo. Yo seguía hasta la puerta. Él me alcanzó y quería sofrenarme. Daba saltos de rabia que lo despegaban del suelo un palmo.

No consiguió retenerme.

Tomé habitación en la posada.

Bermúdez abandonó sus funciones y desapareció de la ciudad.

Cuando trascendió esa fuga, don Domingo Gallegos, alerta a todas las señales reveladoras del ofensor, pudo saber lo que su hija no denunciaba.

Entonces el anciano se convirtió en un buscador frenético. Revisaba rostros en la posada y en la taberna. Acudía diariamente al despacho vacante del oficial mayor. Se instalaba horas y horas en la calle donde tuvo casa Bermúdez, como acechando su salida. Todos lo compadecían, porque era notorio que el pillo había abandonado la ciudad sin ánimo de regresar nunca.

Alguien trajo la versión de que Bermúdez estaba en las misiones.

Don Domingo, jinete en manso zaino, exento de avíos de viaje y sin haber consentido escolta, partió hacia el sur.

Nadie pudo pensar con fundamento que el anciano regresaría alguna vez, ni siquiera que alcanzaría el destino que se propuso.

Luciana, la dama que más ventilaba sus vestidos, permanecía recluida en su casa según mis cuentas desde poco antes del día de San Blas: tres meses bien cumplidos. Mal pensé que se imponía penitencia: su daño en la cabeza no soportaba ruidos y en consecuencia había hecho de su hogar una isla de silencio.

Al enterarme de su postración me sentí inclinado a una visita de cumplido, hasta cierto punto por probar a cuánto llegaba la austeridad que yo mismo me impuse por aquel tiempo.

En esta favorable disposición de ánimo me tomó una epístola que declaraba: “Estoy tan sola que pienso menos en mí. Me pregunto: ¿Qué hace Diego por su prosperidad? ¿Se atiene a vagas promesas de parientes y amigos bien intencionados pero nada eficientes? ¿Podría serle útil una súplica de mi hermano ante S. M.? Diego: Por que estuvieras cerca, aunque no te viera, he vacilado siempre en ofrecerte una ayuda que puede llevarte a otro país, quizás a España. Ahora pido menos de la vida y estoy resignada a que triunfes lejos de mí. ¿Harás el bien de visitarme?”.

En un principio, la carta me causó vergüenza. En un arranque, le di fuego hasta que se consumió. Me adelantaba a cualquier mirada que, por un papel, descubriese que por mí mediaba o aunque sea ofrecía mediar una mujer. Menos aún por esa palabra: *prosperidad*. Prosperidad significaba algo más allá de lo discretamente razonable: equivalía a lo buscado por ambición.

Luego la reflexión se posó en el vocablo *eficiencia*. Supuestamente, el hermano poseía esa eficiencia que en los demás no llevaba trazas de abundar.

Y yo necesitaba un puesto cerca de Marta, por Marta, por mi madre, por mis hijos... para buscar mi pasado: el hogar. Ese hogar que me dolía porque yo lo había formado y obedecía a una estructura más remota aún, heredada

de mis padres y de mis abuelos, ese hogar que me pesaba más porque no lo tenía.

Necesitaba, asimismo, a Luciana. El hogar estaba atrás; el traslado, adelante, pero muy a distancia. Debía tener un futuro más próximo, asible, inmediato, algo que se sometiera a mí pronto e incesantemente.

De aquella carta trascendía una Luciana apagada, arrepentida y triste, no imaginable sino en un lecho que no pudiese abandonar.

Sin embargo, cuando llegué, estaba en la sala, aguja en mano, lozana y tan afanosa que se disculpó por no abandonar la labor ante el anuncio de mi presencia, porque, dijo rápidamente, no podía soltar ciertos puntos, pero ya acababa.

En efecto, apenas tuve que aguardar, muy cerca de la puerta, sombrero en mano. La veía de perfil. Al ponerme de pie, con una sonrisa de fiesta y bienvenida, me dio de lleno el rostro, viniendo a mí: tenía un párpado caído, el derecho.

Mi pena por su desgracia se hizo suavidad y, si no exagero, ese respeto que a muchos veda juzgar las acciones de los muertos.

Había acudido altanero y fuerte, dispuesto a rechazar sus besos si me los brindaba, y también su oferta de ayuda, si calculaba que no tendría suficiente validez el respaldo de ese mentado hermano, del que hasta entonces yo ignoraba la existencia.

No logré localizar un tema de conversación, siendo como debía ser el primero su salud o falta de ella. Me parecía indiscreta cualquier alusión a su enfermedad, de tan visibles y deformantes consecuencias.

Luciana limpió el camino. Me preguntó si no había observado la inseguridad de su letra. Mintiendo, contesté que no. Pero ella manifestó sorpresa porque, dijo, el impedimento de usar los dos ojos le causaba enormes trastornos. Para ver de un modo completo lo que tenía al frente, debía ladear brevemente la cabeza hacia la derecha, y el ojo izquierdo, que cargaba con toda la actividad, se le fatigaba y se negaba a servir.

Una noche, al acostarse, la escasa luz de la palmatoria procuró revelarle una araña gorda, redonda y despaciosa en el cielorraso. No pudo cerciorarse

de que lo fuera. El marido, a su lado, y dormía.

Después de unas horas, despertó con una advertencia en el pecho. Encendió la vela. Miró a la puerta, por si había sido violada. No. Al techo, por aquello que podía ser araña. Oscuro y aparentemente sin cuerpos extraños. Al marido, por si había despertado con la luz.

La araña estaba en el cuello de Piñares, caminando con la torpeza más extrema, pero sin desprenderse de la carne.

Luciana, por el terror, no pudo más que cubrirse los ojos con las manos y llorar para adentro, sin capacidad de moverse para huir. De pronto, por la quietud de Piñares, creyó que ya lo había picado y que estaba muerto. Entonces le dio un coraje demente. Tomó la araña con la mano y la arrojó al suelo.

Un rato después, cuando Luciana tuvo fuerzas para despertar a Piñares, el animal seguía en el piso, vivo y sin daño. Lo mataron.

En la mañana fueron revisadas sus paredes, por si había dejado pareja o cría. Se encontró un nido de avispa pómpilo. La pómpilo lleva de alimento a sus crías, para todo el tiempo de la crianza, una araña suficientemente voluminosa. La adormece con agujonazos y la deja en el nido.

Aquella araña estaba adormecida, pero consiguió escapar de las avispietas antes de que estas nacieran.

Desconozco si esta aventura efectivamente ocurrió, si bien era tan larga y Luciana la narró con tanta emoción y amenidad que vino, llano, el entendimiento entre nosotros.

Estuvimos muy pronto como tomados de la mano.

Bebimos mate dulce sin prisa, perezosamente.

Más avanzada la tertulia, me amonestó severamente por abandonarme a inoperantes influencias y tolerar ese confinamiento en un cargo que consideró inferior al debido a mi capacidad. Yo estaba de acuerdo y le dije, complacido, cómodo, contento:

—Bien, veamos qué favor puede esperar el doctor don Diego de Zama de una mujer.

—Ya verás —me contestó con resolución y de inmediato desarrolló planes en torno de un hermano que, me hizo saber, era caballero y prestaba servicio en la corte.

Era una ilusión digna de ser bien acogida. Me puso ricamente abastecido de esperanzas.

En cuanto tuvo mi asentimiento para realizar la gestión, me prometió despachar carta por el primer correo.

Muy luego escrutó el cielo, asomándose brevemente a la galería. Al verla alejarse, pensé que iba a considerar las perspectivas de tormenta o tiempo estable, por si aquella retrasaba la llegada del barco o este la favorecía.

Otra era la razón. Me urgió:

—Tienes que darte prisa. Honorio vendrá pronto a cenar. Es tarde.

Me dio un golpe de sangre.

—¿Tu marido está en la ciudad? —pregunté desconcertado, reprochándole acto seguido, sin darle tiempo a contestarme lo que resultaba evidente—: No me habías prevenido.

—Pero... ¿es que has creído que estaba en la estancia?

Luciana era sorprendida de mi ignorancia y se reía de ella sin inquietud, tan buena e ingenuamente que me apacigué.

¿Se había hecho más niña, más cándida? ¿No concebía ya la astucia?

Me preguntó, aún:

—¿Cómo pudiste pensar que estaba en la hacienda, si yo no te lo dije en mi carta?

Dos días más tarde, las baterías dieron aviso de barco del Plata.

Piñares de Luenga estuvo en el puerto y subió a conversar con el capitán.

En la tarde, Luciana mandó a buscarme. Dije al criado de razón que iría, pero no lo hice. Me ofuscaban sus tácticas, más despegadas de mi seguridad que cuando mintió llevándome a una calleja nocturna y a la vecindad de un rival que me superó en capacidad de desprecio.

En la mañana me despertó un criado de la posada con este billetito excitante: “¿Tienes miedo de Honorio? No temas. Pero si no quieres venir, te ruego que me envíes una relación de tus títulos para comunicárselos a mi hermano. Sin duda, él precisará transcribirlos en la súplica”.

Llevé en la boca la relación de títulos.

Ya era yo un hombre a los manotones, privado hasta de la justificación del deseo.

Puesto que lo sabía, entraba tanto en mis previsiones como en mi voluntad encontrar a Honorio Piñares en su casa. Deseaba verme forzado al encuentro y, de ser preciso, a la lucha.

Sin embargo el más recóndito sentido de la precaución me indujo a elegir la hora vespertina y, claro está, no hubo tal enfrentamiento.

Dije a Luciana:

—¿Y si al preguntar por ti, haciéndome anunciar, hubiese estado tu marido en casa?...

—No temas —comenzó a explicarme.

—No temo —le repliqué, violento.

—Bueno; no temes —adujo, conciliadora.

Cuando me vio serenado, puso término a su argumentación:

—Él dice que los hombres son despreciables y que la mujer no lo advierte hasta estar casada. Cree que comparto su opinión y que todos los hombres me causan repugnancia.

Luciana hablaba como confiándole un secreto desagradable a la tela del bordado, sobre la cual inclinaba la cabeza.

A pesar de ese seguro que me ofrecía con la exposición del credo de Piñares, no quiso que la visitara hasta que él se retirase a la estancia.

Fue una temporada larga de un mes, asidua, no obstante que yo en un principio me propuse sostener nada más que una relación de superficie, por no resguardar la posibilidad de apoyo ante el rey.

Era una amistad serena, hasta que un día observé que el párpado caído respondía más noblemente a los requerimientos de sus naturales funciones. Subía hasta casi dejar el ojo descubierto del todo. Congratulé a Luciana con

sinceridad, efusivo, y ella, sentida y accesible como en pasados tiempos, me dijo:

—Gracias a ti, al cariño y al sosiego que me das.

Quise que solo respondieran mis órganos cordiales, pero secretamente, por esas palabras confiadas, se soltaron postergados impulsos. Dentro de mí, nada más.

Después, mientras caminaba, el seso me entregó servida la decisión de tomar una vez a Luciana. Lanzaba en exploración razonamientos supuestamente capaces de fortalecerme en mi anterior actitud prescindente, pero era como luchar contra una resolución de todo mi cuerpo, muy anterior y severamente imperativa.

Era ya una fiebre de hacerlo y su pujanza aceptaba no obstante conjugarse con la cautela que me dictaba el instinto.

Buscaba yo provocar, con mesura, aquel amor comunicativo que me entregó Luciana en algún tiempo. Hice aventureras las palabras y, en los diálogos, Luciana se arriesgó por la picada que ellas abrían.

Ocurrió, una de las veces, que un lacito que lancé, como exento de propósito definido, me trajo caza mayor.

Le dije que la juzgaba mujer incapaz de afectos profundos porque no me explicaba que se hubiese privado de los hijos. Eso a la mujer escuece, pero supe atajarle una réplica directa mediante un tono zumbón, de humorada, y el desvío inmediato hacia un tema paralelo ajeno a ella.

Fingí enterarme a esa altura del sistema que usaban las indias mbayas para eliminar la perspectiva de un nacimiento, que consistía en ejercer presión con sus propios dedos sobre ciertas partes del cuerpo. Esto distrajo a Luciana del planteamiento inicial. Me refirió que ella había presenciado, en el campo, el bárbaro procedimiento; era algo diferente: se sometían al curandero, que les aplicaba puntapiés en zonas delicadas con un ensañamiento tan brutal como eficaz.

Después de contármelo, Luciana recapacitó brevemente. Me preguntó, con tristeza, si yo pensaba que ella recurría a esos métodos u otro semejante. Le dije que no.

Entonces supe, por su boca, cuál era la causa de que no tuviera hijos. Supe, también, por qué Luciana no amaba a su marido.

El padre de Honorio era indiano. Regresó enriquecido a su tierra, dejando en América a su único vástago, de quince años de edad y administrador de estancia y casa. El muchacho sufrió atropellos que su débil existencia logró sin embargo soportar con estoicismo e incluso sobrepasarlos, asegurándose mando y fortuna. Pero el padre, tras haberlo desamparado tan niño, le impuso aún la carga del matrimonio sin consultar su opinión y preferencia. En España, el autoritario anciano convino con su propia hermana el casamiento de la hija de esta, Luciana, con Honorio. De resultas de ello, Luciana, a los once años de edad, estaba comprometida en matrimonio con su primo, Honorio, de veintidós. Nada se le dijo hasta tener quince años de edad. Entonces se iniciaron los preparativos para la boda, concertada por cartas-poderes. A los diecisiete viajó a América para reunirse con su desconocido primo y esposo.

Cuando describía las costumbres de las indias mbayas, Luciana estaba tan suelta y animada, tan sin recato nombraba partes del cuerpo, que escuchándola tuve la sensación desagradable de que se confundía y me hablaba como si yo fuese una mujer.

Sin embargo, la historia de su matrimonio, que era penosa pero no susceptible de causar vergüenza, fue para ella como una entrega, obligada e irremediable, de algo que afectase su pudor.

Percibí sin tardanza que toda esa intimidad que había puesto en mis manos se mudaría luego en recelo y rechazo. Estaba autorizado, también, para temer su hostilidad.

Entonces, ignoro si conmovido o temeroso de que me abandonara nuevamente, me juré respetarla tanto como ella quisiese ser respetada.

El jefe del regimiento, teniente de gobernador hasta tanto se presentara el nuevo, justamente por la certeza de lo limitado de su interinato se puso ejecutivo y mostró poseer garra para serlo.

En realidad, su imperio se reveló de manera efectiva solo en una cuestión: el pago del estipendio adeudado a los funcionarios y empleados de

la administración real. Pero únicamente eso, debe reconocerse, podía ocuparle e interesarle, ya que, exigiendo por los demás, demandaba implícitamente por sí mismo.

De tal suerte, la caja de latón, que tiempo atrás había recuperado mi confianza y estaba satisfactoriamente provista, por vez primera desde mi permanencia en la provincia resultó insuficiente para el caudal que debía atesorar.

La remesa en plata vino por barco temprano en la mañana siguiente de aquel infortunado diálogo con Luciana. Como el teniente de gobernador juzgó que el bienestar de quienes administran la cosa pública debe ser atendido antes que la cosa pública en sí, ordenó los pagos apenas entrado el dinero. En consecuencia, pude disponer prontamente de recursos que para mi hogar lejano representaban el cotidiano sustento y, repetido móvil, la moneda en mi mesa me ayudó a evocar a Marta.

El amor suave y manso que irradiaba de su recuerdo adquiría una aproximación real, y de pronto creí saber con lucidez por qué: porque ese tipo de amor bueno animaba algo en mí o en mi vida allí mismo y no, en modo alguno, con relación a mi esposa, que quedaba atrás. Pensé que tal era la verdadera naturaleza de mi amor por Luciana y temí por Marta.

Bajé a comer. Bebí con desconsideración. En la siesta, dormido, me obstiné en una imagen lasciva de Luciana. Despertaba y, a causa del vino, mi cabeza caía de nuevo en la almohada. Terminé por amar esa imagen.

Vencido el sopor, me refresqué la cabeza con agua.

Estaba en paz. Mi dueña, perpetua e inalterable era Marta.

Discernía qué deseaba de Luciana y entendí que las dilaciones y entorpecimientos derivaban de mi facilidad para enternecerme. Poniéndome blando, me distraía del objetivo y la mujer se fortalecía, regodeándose en prolongar el placer de sentirse asediada.

No olvidaba cuán estériles resultaron antes mis aprestos de energía. Pero pretendía diferenciar dos épocas: la inicial, en que Luciana estaba desacordada y jugaba conmigo, y esta segunda, de paciente acercamiento y tensión amorosa que podría derivar en pasión por cualquier estímulo repentino.

Confié de un modo tan excluyente en una posibilidad ocasional, imprevista, de que me amara así, que tuve la ocurrencia de que podía ocurrir en aquella misma tarde, y precisamente por suponer tal cosa me quedé en el figón. No me hallaba fuerte, ese día, para amar con vehemencia.

En el figón bebía un capataz boyero y yo, solitario, lo escuché.

Juntaba tropas para su señor, Alfonso de Almeida, que acudía a tomar posesión, en Villa Rica, de la estancia de don Honorio Piñares de Luenga.

Aunque a hora tardía y por lo tanto ya inesperado, me presenté ante Luciana.

No la veía desde la noche anterior, cuando me reveló su doble parentesco con Piñares; pero este nuevo era ya otro tiempo, por mí presentido.

El párpado del ojo derecho estaba otra vez cerrado. No tanto, sin embargo, que impidiera el paso de una lágrima que acompañó la más franca

del ojo izquierdo, totalmente empañado al encontrarnos, sin palabras.

Me tendió las manos, solo las manos, y mantuvo alejado el cuerpo. Precisaba mi consuelo y el consuelo, es verdad, se siente más cuando la sangre lo comunica.

¿Tanta violencia se había hecho, al hablarme aquella noche, que su mal la atormentó de modo tan extremo? Esto le pregunté y me respondió que no, tenuemente negando con un movimiento de cabeza. De mañana, un mensajero del marido le había dado parte de cierto trámite que estaba por formalizarse: la venta de su hacienda en Villa Rica. Y bien, ya estaba concluida.

—Pero ¿qué entraña esa venta de temible o doloroso? —demandé yo, desconcertado por su desconsuelo, con olvido de cuánto me había inquietado al saberlo en la taberna. Aún más, quise saber:

—¿Es que, acaso, estáis amenazados de pobreza?...

Luciana me apartó de esa idea, para agregar, enseguida, con pena piadosa, tranquila:

—No lo sabes, pobrecito.

No sabía yo que Honorio se había sentido acuciado por el mismo deseo de su padre: disfrutar en España de los bienes acumulados en América. Como no tenía hijo con quien compartir riquezas, recogía todas y renunciaba al cargo de ministro de la Real Hacienda, sin apetecer siquiera otro en la corte ni en lugar alguno del territorio español.

Luciana nunca me lo dijo, hasta entonces, por miedo de que, al tanto de que iba a ausentarse para siempre, me despreocupara de ella.

Dos pensamientos por igual optimistas, asimismo parejamente aceptables, acudieron al llamado de las decisivas novedades: Luciana vendría a mí, de propia voluntad, antes de partir. Hallándose en España, ella se haría acicate tenaz en pro de mi elevación de rango y nuevo destino de más lustre; sobrada prueba tenía yo de su habilidad para empresas diplomáticas.

Nunca, nunca más tuve un beso de Luciana.

La partida estaba organizada con tal minuciosidad que fue posible en el primer barco que bajó hacia el Plata, y con tanta anticipación que yo no entendía cómo pude ser la persona más próxima a Luciana e ignorar lo que ya a muchos había trascendido.

Es que yo permanecí excesivo tiempo asimilado por Luciana y ajeno a la vida de mi contorno.

Quizá me hubiera convenido ser más curioso, no más acentuadamente, sino apenas algo curioso, cuando vi a Piñares en gestión ante un capitán de barco.

Ella impuso que nos despidiéramos en el jardín. “A la vista de todos”, proclamó.

Pero no a la vista del marido, por completo posible, ya que, durante aquella semana final, lo distinguía o creía distinguirlo, cerca y preciso, o lejos y ligeramente confundible, en todos los lugares donde un hombre podía estar, como si en cada uno de ellos tuviese algo que componer o alguien a quien estrechar la mano. Recelaba yo de que, aún, antes de partir, se diera de frente conmigo y quisiera toserme. Por que no me viera, entonces, me escabullía de tal manera que tropezaba con él en cada piedra.

Luciana impuso lugar y se imponía a sí misma un tono de abnegación heroica, que yo consentía imponiéndome, a mi vez, el aire melancólico del abandonado irremediable. Mi doble fondo se regocijaba del viaje: no pasaría ya esos peligros de las convocatorias sin provecho.

En los dos todo era, en ese momento, ridículo y exterior. Yo lo entendía, pero Luciana no, de modo que acató mi simulación como verdad y quiso corresponderme volviéndose humilde, entregándose, por fin, la pulpa de sus sentimientos.

Me dijo Luciana que ningún otro hombre, como yo, supo buscarla sin pensar en la carne, y por eso yo había sido y sería siempre el predilecto de su corazón.

Me hizo tanto bien este juicio ajeno a la realidad que arriesgué todo por confirmarlo:

—El predilecto, sí. Gracias, Luciana. Pero ¿También el único?

—Eres tanto para mí, soy tan tuya y solo tuya, que te hubiera dado lo que nunca me pediste, si me lo hubieras pedido.

Mordió un sollozo, me apretó arrebatadamente las dos manos y, sin facilitarme tiempo para la menor reacción, se alejó hacia las habitaciones.

Fue la única visita que concluyó sin protocolo. Me dirigí solo hacia la puerta.

Le creí que me amaba. No exigía simulación de la pureza. Aceptaba simular que podía ser impura. Por eso era fuerte: su juego era más sutil y perfecto que el mío.

Hacia el Plata, después a la mar y hacia España, donde nunca fui más que un hombre anotado en papeles, se extendería un pensamiento, una sensibilidad humana accionada por mí. Alguien, en Europa, sabría quién era yo, cómo era Diego de Zama, y lo creería bueno y noble, un letrado sabio, un hombre de amor. Estaba dignificado.

Para Luciana, mi pureza constituía una noción antigua y permanente. Yo dudaba, aún, entre crearla pura o no. Podía elegir. Y elegí una fe redentora de su concepto y su honor.

Comprendí que ella era más candor y desesperación que mujer.

En todo caso, se negaba a ser carne y vencía. Era más libre que yo.

Quise ser testigo de la partida, pero me pasó inadvertida.

Al principio, traté de identificar a Luciana en el bergantín. Después, adosado sin peso a un fardo del puerto, me tomé como un anticipo de descanso.

Faltaba luz, por las nubes cerradas, que no cuidaban el cielo, sino el suelo, de tan descendidas. Las palmeras acongojaban sus verdes. El azul toleraba, sin batalla, la corrosiva infiltración del gris. Grávida de humedad, posesiva, la atmósfera había suspendido la vida. Surto en las aguas iguales, sostenía el barco una quietud sin memoria.

No lo vi zarpar. En cierto momento, ya no estaba y la gente se había dispersado del puerto.

Una presencia quedaba suprimida. Yo tendría, en adelante, mis tardes libres. Podría estudiar y holgazanear. La holganza es placentera.

Caminaba en dirección opuesta a las aguas, hacia la gobernación, donde ya no estaban el oficial Bermúdez y Ventura Prieto. Los dos tenían razones por qué vivir y no me interesaba su destino. Ya los había borrado y recordarlos no me producía ninguna impresión. No era forzoso, tampoco, que acudiera a mi despacho. El teniente de gobernador no pretendía orden más que en su cuartel. Nosotros, en la gobernación, no usábamos uniforme. Podía, pues, montar mi bestia e ir de caza por los montes pacíficos.

De quererlo, era posible que formara tropa para una incursión hasta las misiones, que tenía curiosidad de conocer. Con dinero contaba para ese gasto y un año más. Por igual tiempo había asegurado recursos para Marta. Entretanto, sin duda llegaría aviso de mi traslado, por la gestión del hermano de Marta en Buenos Aires o la del hermano de Luciana en la corte.

Sin levantar la casa, ya que relucía segura mi colocación en otra ciudad, en ese tiempo de espera de la providencia real los míos podrían venir conmigo. Marta, al fin, en mis brazos, y con ella el deseado hogar. No era fábula irrealizable: disponía de medios y el teniente de gobernador aseguraba regularidad en los cobros por muchos meses.

No obstante, no todo estaba bien.

Algo en mí, en mi interior, anulaba las perspectivas exteriores. Yo veía todo ordenado, posible, realizado o realizable. Sin embargo era como si yo, yo mismo, pudiera generar el fracaso. Y he aquí que al mismo tiempo me juzgaba inculpable de ese probable fracaso, como si mis culpas fueran heredadas, y no me importaba demasiado: disponía como de una resignación previa, porque percibía que, en el fondo, todo es factible, pero agotable.

Tampoco la fugacidad me inquietaba, porque es posible sacar partida de lo transitorio, disfrutar momento a momento. Era algo mayor la causa de mi anegante desazón, ignoro qué, algo así como una poderosa negación, imperceptible, aunque superior a cualquier rebeldía, a cualquier aplicación de mis fuerzas.

Es más, yo le temía a distancia. De momento, todo se presentaba con rostro favorable. Pero recelaba de otra etapa —¿lejana?, ¿inmediata?— irrefutable, a la que yo llegara sin vigor, como a una extinción en el vacío. ¿Qué era eso tan peor? ¿La destitución, acaso? ¿La pobreza? ¿Alguna afrenta? ¿Tal vez la muerte? ¿Qué, qué era?... Nada, lo ignoro. Era nada. Nada.

Quise discernir el porqué de ese vuelco y advertí que era como si hubiese andado largo tiempo hacia un previsto esquema y estuviera ya dentro de él.

Necesité imperiosamente asirme de algo. El estómago vino en mi ayuda, reclamándome alimento. Acudí a la posada como en pos de la esperanza.